EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.

1864. — Tomo XXIII.

Editores propietarios : X. de Lassalle y Melan.

Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

Año 23. — Nº 596.

SUMARIO.

—

Funerales de Meyerbeer en Berlin; grabado. — **Dieu protége la France. — Los concursos regionales en Francia**; grabado. — **B. de Wullerstoff y Arbair**; grabado. — **Guerra de Dinamarca**; grabado. — **Revista de Paris. — Poesía á la palma de Santa Ines. — La simpatía del dolor. — La fiesta de las flores. — Las colonias francesas**; grabados. — **Aureliano. — Fiestas en Roma**; grabados. — **Exposicion de 1864**; grabados. — **En un libro de memorias de la señorita T. H. — Antonino Ragadini. — Problemas de ajedrez**; grabado. — **Fiesta fracmasónica en Besanzon**; grabado.

Funerales de Meyerbeer en Berlin.

El dia 9 se verificaron en Berlin los funerales y el entierro del maestro Meyerbeer. El ataud estaba en la casa mortuoria rodeado de flores y cubierto de coronas, algunas de las cuales habian sido enviadas por la reina y la princesa, esposa del príncipe Federico Cárlos. Las

Funerales de Meyerbeer en el cementerio israelita de Berlin. — Mausoleo de la familia Beer.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

habitaciones de la casa apenas podian contener el sinnúmero de personas que acudian á rendir el último tributo. Entre estas se hallaban el príncipe Jorge, el príncipe Radziwill, el conde Rhaœdern y el embajador de Francia. Encontrábanse ademas todas las notabilidades en ciencias y artes, diputaciones de las corporaciones artísticas, científicas y literarias, y las autoridades municipales. Dió principio la ceremonia por un canto fúnebre, original del mismo Meyerbeer, que ejecutaron los artistas del teatro de la Opera. El rabino de Breslau, Joel, pronunció la oracion fúnebre. Puesta en camino la comitiva iba el féretro cubierto de palmas, precedido por varios coros y seguido de una multitud considerable. Los carruajes de la casa real acompañaban el cortejo. Las calles del tránsito estaban materialmente llenas de gente. La ceremonia terminó en el cementerio israelita. En el teatro de la Opera flotaba una banderola de luto, y al pasar la comitiva por delante del edificio se detuvo algunos instantes, mientras todos los artistas de aquel coliseo cantaban un coro. R. S.

Dieu protége la France.

HISTORIA DE UN NAPOLEON.

Se suele exclamar con frecuencia:

— ¡Si yo tuviera 25,000 duros!

Yo mismo, en esos momentos en que todo sobra, y en que sin embargo, se necesita todo; en esos momentos en que suspiramos por la tranquilidad perdida y por la ventura que no sabemos encontrar, he levantado mas de una vez los ojos al cielo, repitiendo lleno de fe aquellas tristes y suplicantes palabras:

— ¡Si yo tuviera 25,000 duros!

Recuerdo que la última ocasion en que esto sucedió, me hallaba en uno de los cafés mas concurridos de la córte, y en medio de un círculo de amigos en el cual se hablaba de las inmensas dichas de la riqueza, que nunca llegan á conocer los desheredados.

— ¡Veinte y cinco mil duros! murmuró uno de ellos al oirme, golpeando ligeramente el suelo con el gastado tacon de su bota.

— ¡Medio millon! repetia otro, buscando en el fondo de su bolsillo dos cuartos para dar á un pobre que los pedia con mucha necesidad.

— ¡Bah! dijo de repente el mas grave de todos, y que hasta entonces no habia despegado sus labios; todo eso no pasa de ser una tontería; deseais el dinero como se desea todo lo desconocido; como desearíais tal vez la pobreza, si hubiéseis nacido millonarios.

— Pero aun dando eso por supuesto, Enrique: ¿tú admites que hay muchas cosas á que nosotros no podemos aspirar por falta de ese requisito?

— Podrá haber algunas, y si os reis como veo de mi confianza, afirmaré que no las conozco.

— Tú deliras, chico, y es lástima, porque fuera de esta cuestion, eres juicioso y razonable. ¿Pero qué mas? ¿no se empeñó el otro dia en sostener que un napoleon, un sencillo napoleon con *n* pequeña, podia en situaciones dadas proporcionar la felicidad?

— ¡Ja! ¡ja! ¡ja! exclamaron en coro todos los oyentes.

— Reid lo que querais, pero yo me sostengo en lo dicho; un napoleon, ó lo que es igual, cinco francos, puede hacer á un hombre dichoso, rico, y si me apurais hasta título de Castilla.

— Yo lo creo, interrumpió el mas incrédulo; hay bastantes que con menos lo han conseguido; el juego, los manejos de cierta clase...

— Nada de eso; no es cosa que pueda afectar á la conciencia; aquí no hay nada de trampa ni de albur; es cuestion en que nada tienen que ver la policía ni el Código penal.

— Explícate.

— Pues bien, voy á explicarme; yo he comprado la felicidad con un napoleon.

— ¿De veras?

— ¡Hombre!

— ¡Chico!

— Dejadme hablar; cuando he dicho que la he comprado, no lo he dicho todo; quise comprarla...

— ¿Pero no se vendia por tan poco?

— Sí; se vendia por menos aun; de balde.

— Cuéntanos eso, Enrique, porque debe ser cosa divertida.

— Corriente; pero jurad antes no interrumpirme hasta el final.

— Lo juramos, dijimos todos á una voz.

— Pues entonces, oid.

I.

Era el último domingo del mes de setiembre.

Caia una lluvia abundante, y desde la ventana de mi cuarto miraba yo con cierta satisfaccion apretar el paso á los transeuntes que cruzaban la calle, buscar los tímidos un asilo en el portal mas inmediato, y lucir mas de una hermosa su blanca enagua, bajo la cual asomaban dos piés, que dieran envidia á los de la estatua de Juno.

Acababa de levantarme, y por cierto de mal humor; habia satisfecho la tarde antes algunas pequeñas obligaciones, y mi capital se reducia á un napoleon.

No soy de los que tiemblan al aspecto de la miseria; pero acostumbrado á una medianía honrosa, me inquietaba la idea de tener que molestar á mi familia ausente, ni menos contraer ningun compromiso.

Decidíme sin embargo á arrostrarlo todo, y para hacer mi resolucion mas fuerte, me propuse gastar mi único napoleon aquella mañana.

Salí pues á la calle bien armado de gaban y paraguas, y con andar ligero me encaminé hácia la Puerta del Sol.

No me he explicado nunca la causa, pero me gusta un dia lluvioso, sobre todo en Madrid, donde el agua no es un obstáculo para que se ande, se visite, se pasee, sino que es al contrario un aliciente para los aficionados al bello sexo, y para aquellos que gozan con las interioridades.

Seguí pues mi camino casi alegre, sin acordarme del porvenir, y sin mas pensamiento que el de satisfacer del mejor modo posible mi singular capricho.

Serian las once cuando llegué á la calle de la Montera; las tiendas estaban cerradas en su mayor parte, y nada veia en las demás cuya compra pudiera halagarme; pensé almorzar, pero era demasiado temprano, y por otra parte, esto no llenaba mi deseo; necesitaba reflexionar, y para hacerlo con mas recogimiento, entré en la iglesia de San Luis.

El templo estaba lleno, se habia empezado la misa, y un débil resplandor iluminaba la nave y las galerías paralelas; cerré por un momento los ojos, y al abrirlos pude distinguir cerca de mí dos señoras que oraban, al parecer, con gran fervor.

Llegó la hora de arrodillarse, y lo hice á su lado; al levantarnos, una de ellas se apoyó en mí distraida, pero conociendo al punto su error, se volvió murmurando:

— Usted dispense, caballero.

— No hay de qué, señorita, contesté en seguida.

Me miró con dulzura, y nada mas.

Salimos de la iglesia juntos, y la lluvia continuaba; hubiera sido grosero en mí no ofrecerles el paraguas; se lo ofrecí al bajar la escalinata, y aceptaron, aunque con trabajo.

Pero esto no era bastante. Yo necesitaba gastar mi napoleon; habia salido de casa con este objeto, y la ocasion me parecia digna. En otro momento, quizá hubiera vacilado; en aquel, retroceder equivalia á un crímen.

Tendí la vista en derredor, y vi parada á pocos pasos una modesta carretela con número, aunque sin rótulo de alquiler. Hice una seña al cochero, que sonrió estúpidamente por toda contestacion, y que solo se aproximó al verme acompañado de mis dos desconocidas, lo cual atribuí á un deseo inmoderado de propina. Abrió por fin la portezuela, y una vez colocadas las señoras, me dispuse á subir al pescante, en tanto que ellas daban al áuriga las señas de su habitacion. No me fué posible realizar mi propósito; al poner el pié en el estribo, una voz dulce como la brisa, llevó hasta mi oido estas palabras:

— Caballero, la galantería de Vd. merece mas alta recompensa. En un carruaje de cuatro asientos bien podemos ir tres con comodidad.

Creo inútil decir el entusiasmo y la alegría con que fué admitida por mí semejante oferta.

El coche partió á escape por la calle de la Montera, subió por la de Fuencarral, torció por la del Desengaño, y despues de algunas vueltas, paró delante de una magnífica casa en la calle del Pez.

Habia llegado por fin la hora deseada; mi napoleon iba á pasar á manos del cochero que me daria un millon de gracias, y mi desconocida jóven, pues se me ha olvidado decir que la otra era vieja, y con trazas de ama de gobierno ó cosa parecida, iba á añadir este rasgo de generosidad á mi noble accion. Toda una eternidad de amor y de delicias se desarrolló ante mis ojos, del mismo modo que se desarrolla ante los del admirado espectador el inmenso lienzo del Misisipí.

¡Una conquista! ¡y por 19 rs.! tanto gozo me aniquilaba; era mas de lo que pude nunca ambicionar.

¡Oh! ¡vanidad humana!

II.

Retrocedamos.

He dicho que el carruaje se detuvo en la calle del Pez, pero necesito indicar lo que sucedió en el camino.

Ya instalados los tres en la carretela, pasaron algunos minutos en el mayor silencio; no se oia en el interior mas ruido que el de las gotas de lluvia que se quebraban en los cristales, y el martilleo de las ruedas que giraban con una rapidez no consentida por los bandos de buen gobierno, pero no por eso menos natural.

Era preciso decidirse á salir de aquella inmovilidad, y me decidí.

— Señorita, murmuré por lo bajo y no sin alguna turbacion; quizá habré parecido á Vd. un atrevido; quizá no debí ofrecerla mas que mi paraguas, pero la casualidad de haber hallado este carruaje tan á punto...

— En efecto, es casualidad que haya sido este, pero no insistamos en eso; al aceptar su cortés ofrecimiento, no he hecho mas que corresponder á un acto de galantería con otro de bondad, y si le he exigido que me acompañe, es para sacarle de un error y probarle cómo recompenso hasta los mas pueriles beneficios.

— Agradezco lo último, y me resigno á lo primero; error ha sido, y grande, haber yo pensado, señora, conquistar un corazon por medios tan vulgares; mas pongo á Dios por testigo de que yo aceptaria cualquiera, por arriesgado que fuese, siempre que lograra conducirme á ese fin.

— Caballero, es una declaracion en regla la que usted me hace, y todavía creo que no nos conocemos lo suficiente para que podamos hablar con seriedad de ciertas cosas; yo no he visto á Vd. hasta hoy en ninguna parte, y Vd. es probable que ignore quién soy y cómo me llamo...

— Si tuviera la felicidad de saberlo...

— ¿Porqué no? un nombre pocas veces vale la pena de ser ocultado; el mio es Camila Sandoval.

(Advierto entre vosotros esos síntomas que caracterizan la duda; reid cuanto querais, pero os advierto que mi narracion está justificada con pruebas).

— A ver, á ver, gritaron en coro los oyentes.

— Silencio, perjuros; los comprobantes se presentarán al final. Continúo:

Tantas y tan repetidas muestras de deferencia exigian de mi parte una absoluta confianza. Entonces le conté mi historia, mi posicion, mis sueños, y ella lo escuchó todo con alegría, con curiosidad, casi con interés. Desde aquel momento la conversacion se animó, reimos, fumamos (fumé yo solamente, pero ella se resignó á sufrir el humo), y cuando llegamos á su casa, ya sabia yo que tenia veinte y cuatro años, que era viuda, que su marido habia muerto en un desafío, que fué un calavera, y que ella no respetaba mas autoridad que la de una tia que la habia educado, y la de la buena vieja que la acompañaba, y que se hubiera dejado matar por su señorita.

Esto era lo que habia sucedido cuando paró el coche en la calle del Pez.

Lo confieso con orgullo; en aquel instante mis ojos estaban fijos en Camila, pero mis dedos apretaban convulsivamente el napoleon.

Creí morir de gozo al dar la mano para bajar á mi nueva amiga, y ver en pié junto á la portezuela la figura estúpida del lacayo, que miraba con una atencion tan impertinente, como si quisiera sondear todas las profundidades de mi bolsillo.

Y es que un napoleon es quizá la realidad de muchas esperanzas, el consuelo de muchas aflicciones, la base de muchas fortunas.

Yo lo creia sin embargo como vosotros; yo tambien me figuraba que el dinero era la felicidad, y hubiera cambiado toda la gloria del capitan del siglo por uno solo de sus retratos, los cuales adoraba en secreto, aunque este amor fuera pocas veces correspondido.

¡Un napoleon! hay en Madrid muchas virtudes que se venden por poco mas; muchos aduladores que se compran por algo menos; muchos títulos que se alquilan si lo reciben al contado, y muy pocos corazones que no sacrifiquen al deseo de adquirirlo, lo mismo la ilusion de la infancia que el prestigio de la ancianidad: lo mismo el pedazo de la vida que se llama esperanza, que el pedazo de la conciencia que se llama honra.

Pronto vereis si he hecho mal al cambiar de opinion.

III.

— Usía dispense, caballero; pero me pagaron las señoras al tomarme hace mas de dos horas, y me dieron tambien una buena propina. Además, tengo que esperar aquí sus órdenes, y nada puedo recibir.

— ¿Luego tú estabas en la iglesia?...

— Alquilado, caballero, alquilado por la señora de Sandoval, mi antigua ama.

— Siendo así, no insisto.

Estas fueron las contestaciones que mediaron entre el cochero y yo, mientras Camila penetraba en el ancho portal de su morada, frotando sus oscuras botitas de raso en la fina estera que lo cubria. Mi sorpresa habia sido tan profunda, que no acertaba á salir de ella, y tal vez hubiera desaparecido sin despedirme, á no oir la dulce voz de mi amable protectora que me decia:

— Espero me hará Vd. el favor de subir, caballero; lo contrario seria una falta de confianza que no le perdonaria nunca.

— No sé si debo... mis ocupaciones...

— Pueden olvidarse esta mañana.—Andrés, añadió dirigiéndose al cochero, si llueve, vuelva Vd. á las seis.

— Bien, señora.

No tuve otro remedio que dar el brazo á mi Ariadna, y así, despues de haber subido algunos escalones, penetramos en un elegante salon.

Una vieja, blanca y aseada como las que se ven en los cuadros de Rubens, salió á recibirla, y los frescos labios de su amiga humedecieron la seca frente de su anciana parienta. Yo me incliné tambien delante de ella, y pocas presentaciones habrán sido tan sencillas, y al mismo tiempo tan afectuosas como lo fué la nuestra.

Apenas nos habiamos sentado, cuando Camila me dijo sonriendo:

— Dispénseme Vd. si le abandono por unos instantes, pero tengo que dar algunas disposiciones.

— Cuando Vd. guste, le contesté; y se perdió en un gabinete próximo. Hasta entonces no conocí lo raro de mi posicion.

¿Qué deberia yo pensar de aquella mujer? Y por otra parte, ¿qué pensaria ella de mí? Sin saber porqué mi corazon se inclinaba hácia el suyo. ¿Lo habia comprendido, y trataba de entretenerme jugando con mi corazon? Esta idea ha turbado durante mucho tiempo la tranquilidad de mis sueños.

Apenas trascurriria un cuarto de hora, que me bastó para apreciar la discrecion y amabilidad de la anciana tia de Camila, cuando esta volvió á presentarse en el

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

salon. Me pareció mas hermosa que antes: habia dejado el traje serio, y vestia una bata de gro listada, sujeta á la cintura con un cordon azul, del que pendian unas borlitas de seda y plata. Sobre su cabello, negro como sus ojos, ceñia un elegante prendido, y su breve pié despojado de la estrecha bota, se escondia en unas zapatillas de raso bordadas de flores, que pudieran por lo bellas engañar á mas de una mariposa.

Sentóse en una butaca no lejos de la mia, y yo di principio á mi conversacion.

— Señora, exclamé, ignoro cómo explicar á Vd. mi sentimiento, y cómo alcanzar mi disculpa; lo que he hecho ha sido seguramente muy poco meditado, pero no dudo que hará Vd. justicia á mis intenciones, templando así el pesar que me causa el que nos hayamos conocido por tan breves momentos, y el mayor aun de que tal vez no volvamos á vernos.

— Amigo mio, si alguno de los dos debe disculparse, no es Vd. seguramente; un acto de galanteria y de consideracion no necesita disculpa; lo que podria necesitarla es el haber abusado de Vd. hasta el extremo de aceptar una oferta que Vd. hacia de buena fe, y que yo no podia admitir sino con segunda intencion.

— De cualquier modo, la casualidad que nos ha reunido ha sido una casualidad funesta para mi, pues no olvidaré en adelante un nombre que ha dejado un eco en mi alma.

— Yo no pido á Vd. que le olvide; consérvelo si le place como prenda de mi amistad, con la que puede usted contar desde ahora.

— Gracias, señora, gracias; yo procuraré á mi vez hacerme digno de merecerla.

Al llegar á este punto una de las puertas del salon se abrió, y dió paso á un criado de librea, que dijo con voz respetuosa:

— Señora, cuando V. S. guste.

— El almuerzo nos espera, vamos.

Tal ordenó Camila, y me llevó con irresistible atraccion al comedor.

El reló que habia sobre la chimenea señalaba la una. ¡Cuántos sucesos en dos horas!

Mi cabeza era un volcan: creia amar á aquella mujer con delirio, y aquella mujer me parecia un misterio, cuando no un imposible. Hasta hubo momentos en que recordando la causa de mi aventura, exclamé casi poseido de la rabia: ¡Maldito napoleon!

IV.

¿Necesitaré referiros nuestra conversacion durante el almuerzo? Lo creo inútil; básteos saber que se habló mucho y muy bueno, y que al dar las dos aun no habiamos abandonado la mesa. A fuerza de preguntas y de observaciones llegué á formar mi juicio sobre el carácter y las ideas de Camila. Amaba el lujo, pero odiaba la riqueza: su corazon abierto antes de tiempo á las ilusiones y á los deseos, necesitaba placeres mas dulces, menos efímeros que esos placeres del gran mundo que solo halagan la vanidad y el amor propio, pero que ceden ante el sentimiento, y se extinguen á la sola idea de la duracion.

Camila habia sido víctima de las preocupaciones de la alta sociedad, y niña aun, se unió á un hombre que nada le podia dar en pago de su amor; hombre frívolo, inconstante, esclavo solo de la moda y el vicio; de esos que arriesgan un millon por la valentía de un caballo que ha de correr en el hipódromo, y no exponen un real por la virtud de una mujer que deshonran á los ojos del mundo.

Por fortuna, á los tres ó cuatro años de su matrimonio, que casi no lo habia sido mas que en el nombre, el esposo de Camila fué muerto en un duelo que provocó; su esposa tenia entonces poco mas de veinte años. Sintió su pérdida como debia sentirla una mujer honrada, pero se consoló pronto, porque era muy jóven y su enlace le habia servido de provechosa enseñanza para lo futuro. Entonces abandonó su casa, viajó por el extranjero algun tiempo acompañada de su tia, y volvió con el firme propósito de consagrar su vida á un hombre que anhelara hacerla feliz, y al cual á su vez pudiera descubrir los tesoros de cariño y de ternura que guardaba en su corazon.

Esto fué lo que aprendí en el almuerzo, y lo que ella me dió á entender con sus palabras.

¿Era yo el hombre que ella deseaba? Este problema es el que debe resolverse muy pronto.

Permaneciamos aun en el comedor, cuando un criado anunció al vizconde de...

— Que pase aquí, dijo Camila al criado, y luego añadió dirigiéndose á mí:

— Mi primo, un fatuo de los que abundan en los salones, que tiene la necia presuncion de creer que le amo, y la gratitud suficiente, segun dice, para corresponderme.

El vizconde apareció en el umbral de la puerta.

Sin ser feo, tenia su figura un no sé qué de extravagante que inspiraba risa: era pequeño, enjuto, de ojos rasgados pero sin brillo, y su rostro estaba rodeado de una barba oscura y rizada, que formaba un raro contraste con su cabello lacio y partido en mitad de la frente.

— ¡Amada prima! exclamó despues de saludarme con una ligera inclinacion de cabeza; ¿supongo que estarás enfadada conmigo por los tres dias que han pasado sin venir á verte?

— No por cierto; no he pensado en semejante cosa; por el contrario, ahora mismo hablaba de lo satisfecha que me hallo hace algun tiempo, y aquí está un caballero que no me dejará mentir.

— Puede Vd. asegurarlo, señora, porque yo participo de su satisfaccion.

— Y á propósito de este caballero; primo, tengo el honor de presentártelo: don Enrique M..., uno de mis mejores amigos.

— No recuerdo haber tenido el gusto de verle hasta hoy, interrumpió el vizconde vivamente.

— No es extraño, exclamé á mi vez, he conocido á esta señora...

— En el extranjero, dijo Camila concluyendo mi oracion. Y luego dirigiéndose á mí:

— Presento á Vd. á mi primo el vizconde de..., uno de los primeros socios del Casino, y que entre otras probabilidades tiene la de ser elegido diputado en las próximas Córtes.

— Sin embargo, caballero, no es esa probabilidad la que mas me seduce, murmuró el vizconde algo picado.

— Lo creo, primo, pero es la mas fundada de todas.

No me quedaba duda; el vizconde amaba á Camila y esta le aborrecia; aquello era para mí un triunfo, y abusé de el. El probable diputado fué batido en todos terrenos sin consideracion. Afortunadamente para él un lacayo llegó á entregarle una carta que habian dejado en su casa, y que la traian por si era urgente. La abrió con rapidez, pero al momento la dejó sobre la mesa despidiendo al lacayo.

— ¿Qué es eso? ¿alguna intriguilla electoral? preguntó Camila con interés.

— Nada, una de tantas fársas como diariamente se inventan en Madrid para estafar á los incautos; lee:

La jóven tomó el papel y leyó en voz alta:

« Una familia que vive en la calle de las Tres Cruces, número 6, cuarto bohardilla, apela á la generosidad de V. S., para que contribuya con alguna limosna á remediar su miseria, pues la muerte del padre ha sumido en la indigencia á una mujer y cinco hijos de corta edad, que no han fallecido gracias á un honrado artesano, su vecino, que es el que se dirige á V. S., pues sus recursos no igualan á su buena voluntad. »

— ¡Siempre desgracias! exclamó Camila doblando la carta, no sin haber leido bien las señas de la casa.

— ¡Siempre embustes! replicó el vizconde; gracias que ya hay muy pocos que crean en esos papeluchos.

Me pareció no debia prolongar mas tiempo mi visita, me levanté; Camila me tendió la mano y me la apretó diciendo:

— Mañana concluiremos ese asunto que Vd. sabe. Espero á Vd. á las tres, si es que no quiere hacerme el honor de almorzar conmigo.

— Gracias; solo cumpliré lo primero, porque me es imposible lo segundo.

Y saludando al vizconde con frialdad, salí de la casa donde habia estado á punto de volverme loco.

Llevé las manos á mis sienes, y ardian; las llevé á mi corazon, y al pasarlas por mi chaleco toqué un objeto dentro de mi bolsillo; lo saqué; era mi napoleon. Un impulso secreto me lo llevó á los labios, y tuve un momento de placer.

¡Hacia tanto tiempo que no besaba á nadie! Y sin embargo, aquel beso era el beso de despedida, porque el napoleon no debia permanecer conmigo mas que algunas horas.

Tenia una mision que cumplir en la tierra, y la cumplió.

Ya podeis figuraros cómo.

V.

En la noche de aquel mismo dia, recibió la desgraciada familia de la calle de las Tres Cruces una moneda de cinco francos envuelta en un papel, donde se leian estas palabras: « Socorro de parte del señor vizconde de... »

A la tarde siguiente me presenté, como habia ofrecido, en casa de Camila. Me recibió con su amabilidad acostumbrada, y sin saber porqué giró la conversacion sobre su primo. Me contó lo que yo habia adivinado antes, y yo le referí lo que esperaba. Celebró mi ocurrencia generosa, y me dió las gracias por esta nueva ocasion que le presentaba de humillar al vizconde.

Este no se hizo esperar.

Entró en la sala palido, iracundo, y con una sonrisa entre insultante y desdeñosa, me dijo casi sin saludarme:

— Caballero, sabia que encontraria á Vd. en este sitio, y he venido á buscarle.

— ¿En qué puedo servir al señor vizconde? respondí á mi vez con una calma que le contuvo.

— En mucho; he sido víctima de una burla grosera, y deseo me ayude Vd. á buscar á su autor.

— Dentro de dos horas tendré el gusto de ver á usted en el sitio que me señale, dije á media voz, y disponiéndome á partir.

— Corriente.

— Amado primo, exclamó Camila con su sonrisa habitual, supongo que no te ofenderás si te dejo, pero voy en este instante á cumplir con un deber de caridad. ¿Quieres acompañarme?

— Gracias, prima; tengo dentro de dos horas una cita en el Suizo, y eso pudiera retrasarme. Volveré esta noche, pues tengo necesidad de hablarte.

Y esto diciendo, se alejó con paso precipitado, oyéndose á poco en la calle el ruido de su berlina.

Dos dias despues se leia en los periódicos de Madrid: « Se habla en las grandes reuniones de la córte de un duelo que debió verificarse ayer, y que se ha suspendido por la desaparicion de uno de los contendientes. A su tiempo daremos mas pormenores de tan extraño suceso. »

Vosotros sabeis muy bien que yo no he abandonado mi casa; por tanto, es inútil deciros que el vizconde fué el que no concurrió á la cita. En cambio, me remitió poco despues desde Burdeos una carta en que me decia: « Si mi prima me hubiese amado, me hubiera batido con usted á muerte; pero cuando supe, no solo que me aborrecia, sino que hacia mofa de mí, no quise darle el gracioso espectáculo de un duelo, que cualquiera que fuese el resultado, redundaria en perjuicio mio. Además, tengo el convencimiento de que la burla de usted fué tambien preparada por ella, y reservo mi venganza para otra ocasion. »

Esta es la historia: me parece, que tanto el principio, como el último episodio, no dejan de tener originalidad, y por lo tanto, apodérese de ella el que quiera, y cuéntela al público, aunque teniendo cuidado de ocultar los nombres.

— ¿Y el final? gritaron todos los concurrentes.

— Carece de él, contestó Enrique sonriendo.

— Pero ¿y Camila?

— Buena; la veo casi todos los dias, y nuestros amores no son ya un misterio para nadie.

— Queremos conocerla.

— Bien; ya sabeis sus señas; solo os añadiré para mayor claridad, que la podeis ver todas las noches, pues está abonada á palco en el Teatro Real.

— ¿Y te casarás con ella?

— ¡Imbéciles! eso no se pregunta jamás á un jóven pobre, enamorado de una viuda rica.

— Y ¿no has vuelto á saber del primo?

— Hace cuatro dias; ¿no os acordais de haber oido decir que una de estas últimas noches fué acometido por dos ladrones un caballero que venia de viaje, y que solo debió su salvacion á otro que se presentó en el momento en que trataban de asesinarle, y que logró ponerles en fuga?

— Es verdad, lo recordamos.

— Pues bien, el vizconde y yo éramos los dos caballeros.

— ¡Qué mal rato pasaria con tu socorro!

— Al contrario; me abrazó despues del suceso, y me ha suplicado, que si hay boda, le permita ser uno de los testigos.

— Y Camila, ¿qué dice?

— Camila, como todas las personas que tienen corazon y talento, cree que las dichas de este mundo son como los premios de la lotería; todo el que juega piensa que su número será probablemente el agraciado, pero lo cierto es, que solo un milagro de Dios puede convertir en realidad las probabilidades.

MANUEL DEL PALACIO.

Los concursos regionales en Francia.

Se ha concluido la primera série de los concursos regionales: Tours, Pau, Bar-le-Duc, Napoleon-Vendée, Roanne y Draguignan han tenido sus fiestas agrícolas, y en el momento en que escribimos han comenzado los de la segunda série. No hay necesidad de encarecer la utilidad de estos concursos, que tan excelentes resultados estan produciendo para los adelantos de la agricultura. De todos los pertenecientes á la primera série, el mas notable ha sido el de Tours. Se dice, como artículo de fe, que la Turena es el jardin de la Francia, y sin duda los horticultores de ese pais han querido merecer una vez mas la fama de que disfrutan. La primera cosa que se veia al llegar á Tours, era la exposicion de horticultura, una exposicion magnífica. Habian improvisado en el Mail un vasto parque abrigado por una inmensa tienda, con praderas, lagos, un rio y profundas malezas. Al instante se reconocia allí la experiencia y buen gusto del entendido presidente de la Sociedad, M. Leseble, una de las notabilidades hortícolas de Francia. Altas plantas de invernáculo, árboles verdes variados hasta lo infinito, colosales peonías, geranios, etc., atestiguaban el excelente cultivo del pais.

Se entraba á la exposicion agrícola por la parte reservada á los productos y á los animales. Entre los productos se admiraba la hermosa coleccion de los vinos de la Turena. No lejos de las espigas magníficas, las patatas enormes y los ricos forrajes de la alquería de Girardet, se observaba un producto nuevo, las resinas obtenidas por M. Houssard, una fuente de fortuna desconocida hasta aquí para los propietarios de pinos. La guerra de América ha puesto muy caras las esencias; la subida del precio de las esencias ha encarecido las resinas, y por eso los que sigan el ejemplo de M. Houssard sacarán inmediatamente un buen partido de los pinos que nada les producian.

La flor de los ricos establos figuraba en esta exposicion. Los charoleses se llevaban la palma y seguia la raza partenesa, con sus animales grises, imperfectos aun, pero que prometen mucho para un porvenir próximo. Los durhams y los durham-manceaux estaban representados por ganados de agricultores ilustres; señores de Behague, Salvat, de Falloux, etc.

En la especie ovina, los southdowns puros de M. de Bouillé ocupaban el primer término con los charmeses

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

de M. P. Malingié; pero á nuestro juicio, el grupo mas interesante de esta exposicion le formaban los carneros padres y las ovejas de M. Lefevre: es la modesta raza de la Soloña mejorada por una seleccion inteligente, y que marcha con rapidez sobre las huellas de la preciosa raza inglesa de Southdown.

En cuanto á la especie porcuna, los middlessex de M. E. Pavy se llevaron todos los honores, si no todas las medallas de premio.

No es posible que en ningun concurso se haya reunido semejante coleccion de instrumentos y máquinas de agricultura. Habríase dicho que los grandes constructores franceses habian querido rivalizar en Tours. Los señores Albaret y compañía llevaron al concurso una nueva máquina que ha maravillado á los agricultores de la region y á los habitantes de la ciudad. La víspera del concurso una máquina locomovible partia de la estacion del ferro-carril, y á pequeña velocidad iba á tomar su puesto en el espacio de la exposicion. Hasta hoy habia sido preciso emplear caballos para el traslado de un punto á otro de estas máquinas; pero esta locomovible va y viene sola utilizando simplemente el resto de presion de su vapor.

El prefecto de Indre y Loira, comprendiendo todo el mérito de esta ingeniosa máquina, dió permiso á M. Albaret, el dia de la distribucion de premios, para que paseara por las calles de la ciudad su bonita locomovible. El nuevo motor agrícola volvia las esquinas de las calles, recorria las plazas y los boulevares sin tocar á una acera, sin trastornar una piedra del empedrado.

M. Cail, un agricultor millonario, ha obtenido la prima de honor, una preciosa copa, que le fué vivamente disputada. El jurado, deseoso de manifestar su estimacion por el cultivo de Girardet, dió una gran medalla de oro á la señora Pavy, la digna compañera de un entendido agricultor.

V. B.

B. de Wullerstoff y Arbair, comandante de la escuadra austriaca en el Báltico.

Revista de Paris.

Muchos parisienses del mundo elegante han atravesado la Mancha en la última semana, para asistir á las célebres carreras de Epsom, que como de costumbre, han estado animadas y brillantes. Sabido es que Lóndres suspende sus ocupaciones durante esa solemnidad nacional; hasta el Parlamento interrumpe sus tareas, porque todo buen inglés tiene á honra presenciar las peripecias del Derby. La fiesta llena cuatro dias, del mártes al viérnes, y las pruebas principales son dos, el Derby, en la que compiten los caballos de tres años potros y potrancas, y los Oaks, reservada exclusivamente á las yeguas de la misma edad. Este año un incidente inesperado ha venido á turbar la gran fiesta de Epsom. Era el dia de la segunda prueba, y hé aquí que una yegua francesa llamada *Hija del aire*, y perteneciente al conde de Lagrange, se lleva el premio. No hay ejemplo de una cosa igual en los anales hípicos de la Inglaterra. Así sucedió que cuando enarbolaron los colores del conde de Lagrange anunciando su victoria, un populacho frenético se precipitó en el espacio reservado, con ánimo de jugar una mala pasada al caballo y al jockey; pero el rumor de esta demostracion habia circulado ya, y la policía protegió eficazmente á los vencedores. La exaltacion habia llegado á tal punto, que otro jockey vestido del mismo modo que el del conde de Lagrange estuvo tambien para ser víctima del pueblo, y solo con mucho trabajo y despues de haber sostenido una lucha encarnizada pudo salvarle la policía. El acto es mil veces deplorable, tanto mas, cuanto que como recuerdan con mucha oportunidad los periódicos de Paris, no hay año que los alazanes ingleses no alcancen algun triunfo en Francia, y sus victorias jamás han dado márgen á tales motines.

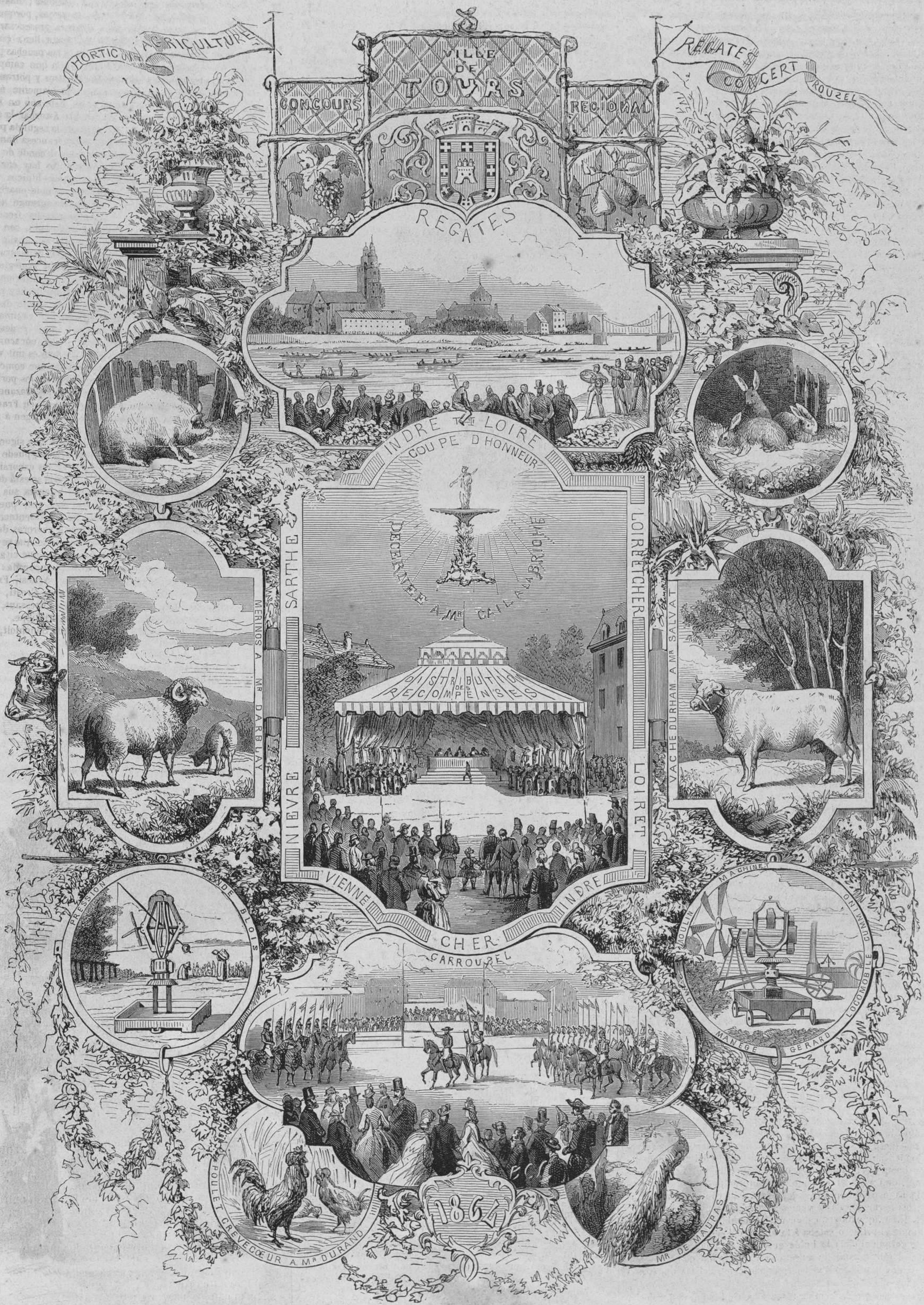
Este viaje á Inglaterra de los que siguen rigorosamente las leyes de la moda, puede considerarse como el precursor de las excursiones veraniegas. Con efecto, ya Paris se está despidiendo de sí mismo. Baden le envia sus programas, muy complicados esta vez, pues se subdividen en anuncios de representaciones teatrales, bailes, conciertos y carreras de caballos. Para dar á nuestros lectores una idea de lo que se prepara en ese lugar privilegiado, no haremos mas que citar los nombres de los artistas contratados para esta temporada:

Señores Naudin, Leon Duprez, Delle Sedie, Agnesi, Frizzi, Fallar, Arnoldi, Mercuriali; — Jourdan, Warot, Crosti, Reynal, J. Petit, Sainte-Foy, Guerin, Legrand; — Bressant, Regnier, Richard, Victor Henry, Valliere, Frain, Philippe.

Señoras Charton Demeur, María Battu, Giulia Sanchioli, Ves-

GUERRA DE DINAMARCA. — El general de Gablenz distribuyendo medallas á las tropas austriacas.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



Concurso regional de Tours.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

tri; — Faure-Lefebvre, Henrion, Geraldina Bodin, Doria, Duclos, Tillemont; — Magdalena Brohan, Angela Bremond, Cecilia Germa, Hortensia Damain, Chollet Monrose.

Ya que hablamos de anuncios dirigidos al mundo aristocrático de Paris, diremos dos palabras acerca de un prospecto en que se revela un arte nuevo, un arte ingenioso hasta no mas, que intenta introducirse en los círculos elegantes para completar todos los esfuerzos hechos por los prácticos de la moda, con el fin de aumentar el hechizo de los adornos plásticos del cuerpo humano.

Hasta el dia solo se ha tratado del vestido, de la tela y el córte; pero este arte nuevo que se llama la *Caliplastía*, esto es, el arte de la belleza en su conjunto, lo abraza todo, belleza del cuerpo, del semblante y de la vestidura. Adios peluqueros, modistas y joyeros; la caliplastía os va á reemplazar á todos.

Con el prospecto en que se deducen todas las ventajas que se pueden sacar de la idea, circula un plan de periódico especial, donde se irán consignando las teorías al propio tiempo que los triunfos obtenidos por la práctica. El autor de tan asombroso pensamiento se compromete á hacer hermoso, completamente hermoso, no solo al que lo es á medias, sino al que ha dejado de serlo.

Nada mas original que el trabajo á que se dedica este artista inventor de la Caliplastía. Rectifica las carnes, suaviza las líneas angulosas, funde los matices, da color ó palidez al cútis, modifica el cabello con arreglo al carácter de la fisonomía; y por último, despues de haber sido peluquero y dentista, se hace oculista, pedicuro y ortopedista.

El jorobado mas jorobado que entre en su casa, sale al cabo de poco derecho como un huso.

— Venid, dice á los parisienses, y os pondré desconocidos á fuerza de juventud y de hermosura.

Y con la circunstancia de que cada cual puede escoger en su laboratorio el tipo que mas le agrade.

De un moreno hace un rubio y viceversa; sobre todo, de un viejo hace un muchacho; pero eso sí, recomienda encarecidamente al parroquiano que no se exponga ni á la lluvia ni al sol, pues tanto el sol como la lluvia alteran la perfeccion de la obra.

Todo esto es muy serio, ó al menos con mucha formalidad el periódico aristocrático el *Sport* comunica á sus lectores el contenido de este prospecto singular, llamado sin duda alguna á un feliz éxito.

Una interesante publicacion hecha recientemente en América ha venido á esclarecer una cuestion histórica, que ha dado lugar en Europa á largas é interminables discusiones, la del famoso *Máscara de hierro*, cuya existencia se ha puesto en duda y hasta ha sido negada, no obstante la afirmacion de Voltaire. El último que estuvo en el secreto de la individualidad del Máscara de hierro, fué el duque de Richelieu, quien lo sabia por una indiscrecion de la duquesa de Berry, hija del regente: Voltaire no pudo obtener jamás del mariscal que se divulgara el secreto.

Sin embargo, el duque de Richelieu no fué tan impenetrable con el célebre Francklin, cuando la mision de este último cerca de la córte de Versalles, segun consta en una carta del diplomático americano á John Jay, documento que se encuentra en la publicacion á que nos referimos, titulada *Coleccion de cartas inéditas de Benjamin Francklin*, y dada á la estampa en Baltimore. Citamos literalmente:

« El Máscara de hierro era un hijo natural de Ana de Austria, y se creia que el duque de Buckingham era su padre. La reina, no sabiendo en quién fiarse, se espontaneó con su enemigo el cardenal, quien tomó sus medidas para ocultar la cosa al rey, y este suceso determinó á Richelieu á reconciliar al rey con la reina, que hasta entonces habian creido estéril. De aquí el nacimiento de Luis XIV y de Monsieur. El niño ilegítimo confiado en un principio á madama de Motteville, le fué arrebatado despues de la muerte de Richelieu por Mazarino, quien le tuvo preso en cuanto cumplió diez y seis años de edad. El parecido del bastardo con Luis XIV era sorprendente, y de aquí la máscara de hierro que aplicaron al rostro del cautivo; á un tiempo se proponian evitar trastornos posibles, y ocultar la flaqueza de Ana de Austria. »

Hé ahí pues la verdad sobre el Máscara de hierro, hallada en un documento publicado en América. Por lo demás, la realidad está conforme con la opinion mas acreditada generalmente, y todas las hipótesis que se han formado sobre aquel personaje, deben desaparecer ante un hecho difícil de desmentir.

Acaba de llegar de Berlin una noticia que ha sido acogida en el mundo musical con viva alegría. Ya hemos dicho que hasta que se abriese el testamento de Meyerbeer, no sabriamos á qué atenernos en punto á la *Africana*. Ahora bien, conocida ya su última voluntad en la materia, sabemos que con arreglo á lo dispuesto por el ilustre testador, la *Africana* deberá representarse en el teatro de la Grande Opera de Paris. M. L. Brandus es el encargado de entenderse con la empresa sobre todo lo relativo á la ejecucion de esta ópera que, segun anuncian los diarios teatrales, comenzará á ensayarse en el mes próximo.

Entre la multitud de noticias biográficas de Meyerbeer que han publicado los periódicos parisienses, se han distinguido de un modo especial los apuntes anecdóticos escritos por su secretario M. Kahn, que ha vivido en la intimidad del gran compositor hasta el último momento, y que por lo tanto sus revelaciones, de un carácter íntimo, ofrecen una autoridad incontestable. Creemos que nuestros lectores verán con interés algunos de estos pormenores que vamos á extractar seguidamente.

M. Kahn, que ha visto de cerca al hombre y al artista, asegura que el primero estaba á la altura del segundo. Meyerbeer creó, porque el cielo le habia acordado la facultad creadora; tenia el sentimiento de su mucho valor, y sin embargo, antes habria querido verse sobrepujado como artista que como individuo.

Meyerbeer era un hombre reservado, tímido por mejor decir, pero esta tímidez era completamente extraña al artista, pues se sentia capaz de crear un mundo de música, y en su marcha de gigante no conocia ni ilusiones ni desfallecimientos.

Sin embargo, todos los lúnes mostraba mucha curiosidad de saber lo que contaban las diferentes revistas críticas sobre la semana musical en general, y en particular sobre lo que le concernia personalmente.

« A pesar de su órden terminante, añade su secretario, de no ocultarle nada de lo que podria herirle, pasaba por alto muchas cosas, conociendo su extremada sensibilidad sobre este punto.

» — ¿Cómo es que no me habeis hablado, me preguntó, del artículo de... cuyas insinuaciones no pueden ser mas claras hácia mi persona?

» — Es verdad, le respondí, fingiendo haberlo olvidado; mas al cabo y al fin debia callarse, puesto que era una injuria premeditada; nunca os he ocultado la crítica mas severa... mas un insulto...

» — Apuesto, repuso Meyerbeer con su tono un tanto sarcástico, que sois tambien de los que creen que esos ataques han acabado con el pobre Halevy; para neutralizar las asechanzas de esos asesinos de pluma, es preciso hacer como los príncipes, que acostumbran á llevar una cota de malla bajo sus vestidos; yo, por mi parte, empleo hace mucho tiempo, con el éxito mas feliz, una cota que no pesa mucho, pues el tejido que la compone se llama el desprecio. »

Otro talisman llevaba Meyerbeer, que era para él objeto de un verdadero culto.

Durante los últimos ensayos de *Roberto el Diablo*, el ilustre compositor recibió una carta de su madre, en cuyo sobre se leia:

» Para abrirla despues de la primera representacion de *Roberto*. »

En efecto, aquella noche cuando cayó el telon y el triunfo fué evidente, Meyerbeer abrió la carta que no contenia mas que el texto de la bendicion bíblica:

« Dios te bendiga y te guarde.

» Que su faz resplandezca hácia tí y te sea favorable.

» Que te mire y te dé la paz. »

Y firmaba la madre del compositor.

Meyerbeer llevaba siempre consigo esta carta, y M. Kahn nos dice que mas de una vez le vió volver á subir la escalera porque la habia olvidado.

Ya sabemos que Meyerbeer era millonario. El vulgo que no ignoraba esta circunstancia, y que no le veia nunca con boato, le acusaba de avaricia, lo que, segun su secretario íntimo, era verdad si se trataba de su persona, pero no lo era tratándose del prójimo.

Como prueba cita el rasgo siguiente, que vamos á reproducir no obstante que es muy conocido:

Meyerbeer se hallaba en Viena hace algunos años dirigiendo los ensayos del *Profeta*, cuando una mañana, estando almorzando, le anunciaron la visita de un artista del Burgteatro, que solicitaba una audiencia con premura.

El maestro le escuchó, y cuando hubo terminado, le dijo:

— Tiene Vd. talento y una voz magnífica; no le falta á usted mas que una cosa...

— ¿Cuál es? preguntó el jóven tímidamente.

— Un buen paletó de invierno, respondió sonriendo el gran compositor.

Y le puso en la mano un billete de banco de cien florines.

Además Meyerbeer se constituyó en protector del artista, que es hoy maestro de coros del Burgteatro.

« En cuanto á su persona, añade M. Kahn, nadie tenia menos necesidades. Todo su exterior anunciaba la modestia, la sencillez; daba á pié casi todos sus paseos con un baston nada lujoso en la mano; no conocia mas placer que el trabajo, y por lo que toca á las distracciones, lejos de buscarlas, las evitaba cuidadosamente. Era muy aficionado al sol; el aposento que ocupaba se hallaba expuesto por todos lados á sus rayos, y quizá sus divinas inspiraciones no brotaban nunca mejor que á la vuelta de su paseo en una tarde esplendorosa. »

Meyerbeer recibia muy pocas visitas; apenas era accesible mas que á sus amigos íntimos. Entre estos se contaba el doctor Otterbourg, que en calidad de amigo entraba frecuentemente en la habitacion de Meyerbeer, mas no con el carácter de facultativo, pues Meyerbeer no queria estar enfermo nunca.

Muy á menudo se reia él mismo de esta pretension que le era comun con el rey de Prusia, y se ponia á contar que trataba á M. Otterbourg como su regio amigo trata á M. Weill, su médico de cámara.

Este último llegaba diariamente al cuarto del rey para su servicio; cuando hé aquí que una mañana un lacayo le detiene, y el rey le dice al través de la puerta entreabierta:

— M. Weill, no entreis hoy en mi cuarto, que estoy enfermo.

Quizá nos hemos extendido demasiado en estas citas. No proseguiremos pues, y dedicaremos á los teatros el corto espacio que nos queda.

No hay mucho que decir por cierto. Por todas partes *reprises*, esto es, resurrecciones de piezas olvidadas, lo que prueba una penuria extrema. En el Teatro Francés se está dando el *Yerno de M. Poirier*, una obra maestra de E. Augier y J. Sandeau, que ha obtenido mas de cien representaciones en el Gimnasio hace diez años: una alianza desigual, la nobleza que cede á la tentacion de los millones, hé ahí el argumento de esta comedia, que atrae todas las noches al Teatro Francés una concurrencia numerosa.

En la Puerta de San Martin se da la *Monja sangrienta*, una elucubracion furibunda de los tiempos mas exaltados del romanticismo, algo que en lugar de espantar haria reir, si no fuera porque los artistas, Mlle Karoly y M. Taillade, encargados de su ejecucion, contienen la sonrisa en los labios y logran impresionar verdaderamente á la asamblea.

Por último, en el Ambigu se ha puesto en escena la *Plegaria de los náufragos*, un drama completamente nuevo para la actual generacion, donde se ve una balsa de hielo que llama extraordinariamente la atencion de la muchedumbre.

Hé ahí el balance de las *novedades* teatrales de la semana.

MARIANO URRABIETA.

Poesía.

A LA PALMA DE SANTA INES.

Arbol gigante de robusto tronco
Que miraste nacer á la Serena (1),
Hasta do el trueno se estremece ronco
Agitas tu hermosísima melena.

La recia tempestad embravecida
Jamás abate tu soberbia planta;
Es de los otros árboles temida,
Mas á tí su braveza no te espanta.

¡Oh! cuando el mundo en sus compactos quicios
Cruge y aterroriza al ser viviente
Destrozando suntuosos edificios,
Quedas entre las ruinas prepotente.

¿Cuántas veces ¡oh palma! entre peñones
El astro inmenso al despuntar la cumbre
Para volver de nuevo á estas regiones
Bañó tu copa su dorada lumbre?

Girando en torbellinos como el viento
Tres centurias tal vez habrán pasado,
Y al rodar junto á tí dias sin cuento
Tu follaje y tu tronco han respetado.

¿Y eterna has de vivir aquí en el mundo,
¡Oh palma colosal! sin tener miedo
De hundirte para siempre en el profundo
Cuando te marque el tiempo con su dedo?

No eterna vivirás, erguida palma,
Porque ese tiempo con pesada mano
Implacable vendrá á turbar tu calma,
Convirtiendo tu pompa en polvo vano.

Mas antes de que toques á tu ocaso,
Nuevos siglos de vida y de ventura
Te esperan, tu placer no será escaso,
Tu fuerte resistencia lo asegura.

Que el recio temporal embravecido
Jamás abate tu soberbia planta;
Es de los otros árboles temido,
Pero á tí su braveza no te espanta.

¡Oh! cuando el mundo en sus compactos quicios
Cruge y aterroriza al ser viviente
Destrozando suntuosos edificios,
Quedas, palma, entre ruinas prepotente.

Vive feliz, ajena de temores,
Ostentando en tu copa soberana
De tu hermoso follaje los primores,
Con que te adornas desde edad temprana.

¡Goza de la feraz naturaleza
Sin nunca recordar tu último dia!
¡Sigue mostrando rústica belleza
Para envidia del prado y selva umbría!

LUIS ROMAN.

Chile.

La simpatía del dolor.

La miseria es un inmenso panorama, y la reflexion es el cristal óptico por donde se miran sus diversos cuadros de infinitas tintas. Una de las vistas que hemos contemplado detenidamente, es una antesala de oficinas en que se enjugan muchas lágrimas y se socorren muchas y perentorias necesidades. Allí no se encuentra esa miseria pestilente y asquerosa; no esa pobreza cubierta de harapos que inspira compasion y repugnancia á la vez, sino ese dolor íntimo del alma, ese inmenso sufrimiento del espíritu y de la materia.

La miseria cubierta de un paletó ó de una mantilla interesa, atrae, y siempre queremos hallar una historia tras de una mirada triste, tras de un rostro demacrado y sombrío.

Hace algun tiempo que hallándonos en una antesala de oficinas, muy notables por cierto, tuvimos ocasion de ver el interés que inspira ese dolor profundo y verdadero de una miseria digna y decorosa.

Varias personas ocupaban el salon cuando entramos en él: figuraban en primer término una señora como de sesenta años, de fisonomía triste y bondadosa, y una bellísima jóven que apenas contaria diez y seis primaveras: nada mas risueño y encantador que aquella cabeza cubierta de rubios cabellos peinados con exquisito gusto, con elegancia suma; nada mas bello ni mas gracioso que aquel rostro de nieve y rosa, donde se destacaban unos ojos azules y una boca lindísima, plegada

(1) Capital de la provincia de Coquimbo, en Chile. (N. DEL A.)

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

por una sonrisa tan ingenua y de una jovialidad tan encantadora, que tenia ese don inapreciable de la atraccion. No sé porqué nos figuramos que la charla de aquella criatura habia de ser encantadora; y decimos charla, porque de aquella boca tan risueña no se podia esperar mas que ese flujo de palabras imperdonables en la edad madura, pero en la juventud es uno de sus primeros y principales encantos, uno de sus mas irresistibles atractivos.

Nos sentamos y fuimos examinando cuanto se hallaba en torno nuestro: todas las miradas estaban fijas en un punto, y en mas de un semblante sorprendimos dolorosa ansiedad. Dos nuevos actores entraron en escena, una mujer de continente aristocrático, vestida pobremente, atravesó con paso inseguro el largo espacio que separa desde la puerta al único asiento que habia vacante; la miramos fijamente, y vimos en su semblante densamente pálido... la huella profunda de una miseria horrible. Era tan triste y tan dolorosa la expresion de sus ojos, que hasta la encantadora niña de rubios cabellos al mirarla dejó de sonreir y dijo por lo bajo:

—¡Pobre señora, cuánto deberá sufrir!...

En pos de ella entró un anciano vestido con un pantalon y una chaqueta de paño, que fué azul, pero que ahora no se puede decir qué color tiene, dando vueltas entre sus manos á una gorra galoneada de oro. El pobre hombre miró en torno suyo, y no viendo en donde sentarse, se apoyó contra una elegante mesa de mármol blanco de mucho mérito: la expresion de su rostro tenia esa vaguedad que se encuentra generalmente en los ancianos.

Cuando se presentó á recibir quejas y suspiros el señor á quien todos esperábamos, muy amable, atento y fino en sumo grado, el primero que se le acercó fué el anciano, el que en entrecortadas frases le dijo que habia sido mas de cincuenta años guarda... no recordamos de qué, y venia á reclamar ciertos atrasos.

El señor L... le contestó que todavía no estaba terminado el expediente. Al oir estas fatales palabras el pobre hombre le dió maquinalmente nuevas vueltas á su gorra y murmuró en tono suplicante:

—¿Con que no hay nada, señor?

—Nada, hombre, nada; contestó impaciente el señor L...

A esta segunda afirmacion de la triste negativa, el anciano restregó sus ojos como hacen los niños, y sacando un pañuelo se enjugó con fuerza el llanto que resbalaba por sus megillas. Al ver tan viva afliccion el señor L... le dijo afablemente:

—Pero hombre de Dios, ¿va Vd. á llorar por eso?

—Pues no he de llorar, señor, le repuso con marcada afliccion, si ese es el único recurso con que cuento para mantener á dos hijas y diez nietos...

A esta exclamacion tan sencilla como tierna, todos los circunstantes miraron con interés al anciano, que ya no aparecia como un árbol seco y estéril, porque de su vida estaban pendientes doce criaturas, porque á doce existencias les prestaba savia. Y ¡quién sabe cuántos sabios y cuántos héroes podrian salir de su tercera generacion!...

El señor L... se sintió profundamente conmovido, y le aseguró al anciano que pasados dos dias tendria el gusto de entregarle los documentos que tanto deseaba, teniendo en ello un verdadero placer.

El buen hombre le dió mil y mil gracias, y salió llevándose tras sí las simpatías de cuantos escucharon sus sencillas y tiernas palabras; su verdadera miseria, su extremada pobreza habia conmovido los corazones mas indiferentes; habia despertado la misteriosa simpatía del dolor.

Un nuevo personaje apareció en el dintel de la puerta acompañado de un pequeño galgo inglés. Era un jóven italiano de negros cabellos y pálida faz, de mirada dulce, pero tan triste, que se adivinaban las lágrimas aun cuando no se veian brillar; tomó asiento, y su perro le acariciaba tenazmente como para sacarle de la profunda abstraccion en que se hallaba sumergido su dueño.

Cuando el extranjero vió que el señor L... iba á retirarse, se levantó, y en un ininteligible español le preguntó el resultado de dos solicitudes que tenia presentadas. Diálogo que mas de una vez causó la risa de los demás, porque no se entendian ni uno ni otro: vinieron nuevos empleados á tomar parte en la cuestion, y como siempre, no sabemos porqué, cuando se habla con extranjeros se grita á mas y mejor, nuestros paisanos alzaban la voz hasta el cielo, y el italiano los imitaba fielmente. Despues de mil *quid pro quos*, algunos de ellos chistosísimos, se vino á sacar en claro que las solicitudes habian sido devueltas sin resultado alguno.

Estas últimas palabras las comprendió al instante el extranjero: miró á todos con una mirada incierta y vaga, volvió á mirar en torno suyo como buscando algo, y abriendo sus brazos y alzándolos al cielo, exclamó con una voz desgarradora juntando sus manos:

—¡Pobre Angiolina!... ¡pobres diavolos! y cayó desplomado en un sitial.

La voz de aquel hombre tenia una vibracion tan rara, tan extraña, tan desconocida, pero tan triste, tan dolorosa y tan conmovedora, que parecia que habia ido recogiendo ecos de todas las tumbas para darle á su voz aquel tono de dolor supremo, aquella inflexion tan poderosa y tan sublime, tan verdaderamente grande, que se hacia dueña de todos los sentimientos, que sujetaba á su dolor las sensaciones, inspirando interés, ansiedad, simpatía é inquietud indefinible, anhelo inexplicable: en aquellas cortas frases habia revelado el extranjero que tenia una mujer amante y unos hijos queridos; pero no una mujer que se quiere por costumbre, y unos hijos que se aman por ley natural, no... era aquella Angiolina la mujer de sus sueños; era la necesidad imperiosa de su alma; era el aliento de su vida; era la emanacion de todos los amores refundidos en un corazon.

Esto comprendimos en el grito de suprema agonía que lanzó el extranjero, y esto mismo ó algo parecido debieron comprender los demás, porque los empleados, acercándose á él, le dijeron:

—Esperad todavía... vamos á buscar de nuevo.

Y se fueron... ¡Con cuánto afan y temor esperábamos su vuelta! Volvieron: el jóven se adelantó hasta ellos. El señor L... le dijo tristemente:

—No hay nada.

El extranjero se cubrió el rostro con las manos y murmuró con voz apagada:

—¡Pobre Angiolina!...

Su débil acento parecia el eco del dolor que se perdia en el espacio de la desgracia. Todos le miraban con profunda compasion: el pobre perro se abrazaba á sus rodillas y aullaba sordamente. Pasó algunos momentos sumido en su dolorosa meditacion, y despues, alzando la cabeza y mirando á todos lados como el que despierta de un penoso sueño, saludó cortésmente y se fué seguido de su pequeño é inteligente galgo.

Cuantos se hallaban en el salon afirmaron que nunca habian oido una voz que tanto les conmoviera. La niña de cabellos de oro exclamaba:

—¡Cuánto daria por conocer á Angiolina! Me figuro que ha de ser muy hermosa, porque solo siendo encantadora se podrá inspirar esa pasion que siente el italiano por ella.

Nosotros aseguramos que nunca podremos olvidar la dolorosa historia del jóven extranjero: el eco de su voz resonará siempre en nuestro oido, y al declinar la tarde, cuando escuchamos ese murmullo vago y sin nombre, ese prolongado suspiro de la humanidad, creemos percibir un sonido nuevo y extraño, una voz que murmura:

—¡Pobre Angiolina!

El de nosotros no guardará un recuerdo: nosotros guardamos de él la tierna reminiscencia que deja en pos de sí la simpatía del dolor.

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

La fiesta de las flores.

Ayer el dia estaba hermoso, la temperatura dulce, el sol esplendente. Despues de haber examinado mi jardin, eché una mirada al otro lado de los setos vivos que cercan mi propiedad. El corazon humano es inquieto, y gusta de interrogar al horizonte. A lo lejos verdeaban los ribazos de Meudon, los bosques de Verrieres, los radiantes paisajes de Sceaux.

Procuraba suplir con la memoria, con la imaginacion, ciertas imposibilidades materiales que me impedian abrazar con una sola ojeada todos los encantadores sitios que parecen darse la mano para rodear á Paris con un circuito que no tiene semejante en parte alguna. Los bosques me atraian invenciblemente. Las lluvias, las nieves y las tempestades del invierno han limpiado el bosque, y han hecho desaparecer todos los vestigios de la civilizacion, que en los campos cercanos á Paris se traducen por desperdicios de pasteles, huesos de pollos, papeles grasientos que han servido para envolver salchichon, botellas vacías y puntas de cigarros. No tenia que dudar; era preciso que aprovechase yo aquel instante, único tal vez, para reanudar mi conocimiento con mis amigos los árboles viejos, para admirar sus nuevas vestiduras, para tenderme sobre la yerba y asistir á la fiesta de las flores.

Las flores son mas misteriosas de lo que comunmente se cree. Cuando se hallan en presencia de una numerosa y fútil reunion, se encierran dentro de sí mismas, y toman una actitud estúpida que engaña á los entendimientos ligeros. Para un solitario como yo, no tienen secretos; asisto á su charla, conozco sus alegrías y no ignoro sus dolores; las flores no se reprimen delante de mí, y muchas veces he creido que, al ver mi inmovilidad, me toman por la estatua de alguna divinidad mitológica consagrada á la proteccion de la flora campestre ó bien de la silvicultura.

Sea de esto lo que quiera, es el hecho que me daba prisa por penetrar en las profundidades de mi bosque. Despues de haber seguido algunas calles de árboles; despues de haberme internado por senderos estrechos y caprichosos; despues de haber abandonado muchas veces la línea recta para lanzarme en una trocha, llegué algo cansado á un sitio raso, que parecia haber sido plantado de propósito para servir como de salon de baile destinado á fiestas fantásticas. Los árboles formaban con sus majestuosas cabezas una bóveda augusta y admirablemente proporcionada. La yerba semejaba una verde alfombra de terciopelo; á lo lejos solo se dejaba oir el canto de las aves. Arrullado por todas estas deliciosas armonías, caí en una profunda meditacion, y me hallé trasportado á un mundo diferente del de la raza humana.

Veia enfrente de mí una bella clemátida, cuyo follaje, artísticamente recortado, se esmaltaba con flores de un blanco rosado ó de un azul oscuro. Un ave dió la señal con su pico, y entonces se produjo en derredor mio un movimiento extraordinario, grandes escarabeas verdes trajeron un magnífico asiento construido con tornasoles; aparecieron grillos de brazos largos; seguianlos gruesos tabanos y otros insectos, trayendo violines, contrabajos y arpas. Esta orquesta se colocó sobre una especie de hamaca compuesta de flores enlazadas y de enredaderas, suspendidas de las ramas de los árboles.

Se preparaba una fiesta: ya no podia dudarlo. Era evidentemente la *clemátida* que aquel dia recibia, porque vigilaba todos los pormenores, como acontece á toda señora de casa. En fin, despues de dejar todo bien dispuesto, se preparó á recibir á sus convidados.

El primero que se presentó fué el gracioso y tierno *lirio de los valles*, en compañía del vanidoso *narciso*, fatuo insoportable, enamorado de sí mismo, sin reflexionar que no deben descender las flores hasta el extremo de las ridiculeces de los hombres. Al lado de ambos caminaba un jóven *delfinium*, vulgarmente conocido por el nombre de *pié de alondra*, cuyo aspecto irónico indicaba claramente que se burlaba de las pretensiones del majestuoso narciso. Venia en seguida la *fritilaria*, mejor conocida por *corona imperial*, seguida de gran número de *tulipanes*. La clemátida se inclinó profundamente ante la fritilaria, y por un momento creí que iba á conducirla al trono preparado. Pero no; este trono estaba reservado para otra, porque llegó la *azucena* acompañada del *romero*, y la clemátida no la invitó á ocupar el sitio que permanecia vacío.

La *niveola primaveral* ó sea *campanilla blanca*, hizo su entrada. Parecia lánguida, y caminaba lentamente apoyándose en el *pensamiento*, vestido de terciopelo violeta.

La reunion se hallaba casi completa: do quiera se escuchaba un alegre murmullo; los músicos, que hasta entonces solo habian templado sus instrumentos, rompieron en las primeras notas de una marcha triunfal, y entonces se vió aparecer á la *rosa*, conducida por el caballero *cactus* revestido con una completa armadura. No podia caber duda: una reina habia hecho su entrada; llevaba en la cabeza la corona, y en la mano un cetro formado de rosas. No se observaban espinas en ella, y si tal vez comenzaba á surgir alguna, era verde, tierna, y no inspiraba temor. Sin duda por la impotencia que la rosa conocia tener para defenderse, era por lo que habia aceptado los cuidados del caballero cactus, provisto de gran número de armas defensivas.

No se esperaba mas que á la rosa; la clemátida dobló la rodilla ante ella, y despues se levantó para conducirla al trono rodeada por la fritilaria y su acompañamiento de tulipanes. Todas las flores vinieron á prosternarse ante su reina, y el caballero cactus puso tambien en tierra una rodilla, en señal de homenaje, ó quizá de algo mas. La niveola levantó de repente la cabeza, arrojó una indescriptible mirada sobre la rosa y sobre el caballero, y cayó desmayada en los brazos de una compasiva hermana, *flor de los cañaverales*, vestida de color pardo ceniciento. Este incidente apenas fué reparado por nadie. La fiesta comenzó pues.

Las flores mas ligeras habian sido convocadas para ejecutar sus danzas delante de la reina; el *albohol*, el *aciano*, la *clavellina*, el *pié de alondra*, la *madreselva*, ejecutaron una danza desconocida. Las mariposas paraban su vuelo para contemplar aquel fantástico baile.

La parte del público que se divertia mas en aquella fiesta, era la que presenciaba detrás del seto. Se componia de la plebe de las flores. La *violeta* misma se encontraba entre los curiosos, aunque todos pensaban que podia muy bien ocupar un digno lugar en el salon de baile. Tal era por lo menos la opinion de la *caléndula*, por naturaleza algo biliosa y dispuesta siempre á criticar lo que se hace y lo que no se hace. La prudente *margarita* opinaba lo mismo, así como el *cardo*. No hay que decir que la abominable *cicuta* arrojaba sobre todos sus venenosas palabras.

El baile tocaba á su fin; cuantos habian tomado parte en él vinieron unos en pos de otros á arrodillarse de nuevo ante su reina.

Los convidados fueron desapareciendo, los candelabros se apagaron, y un silencio solemne sucedió al tumulto de la fiesta. Todo habia entrado en órden al rededor mio, y eché de ver que tenia hambre. Entonces descubrí á una niña de cinco á seis años que dormia al lado de una regadera; la desperté y supe que era hija de un guarda, cuya habitacion estaba próxima. Ella me sirvió de guia; comí en la casa de su padre, y á la tarde volvime á la mia reflexionando en el espectáculo que me habian dado las flores.

E. R. SAINFOIN.

Las colonias francesas.

TAITI.

I.

Las islas que componen el archipiélago de Taiti y á las cuales Cook dió el nombre de islas de la Sociedad en honor de la *Royal Society of London*, son once, y están divididas en dos grupos y repartidas en un espacio de 195 millas. Al primer grupo pertenece Taiti, centro de los establecimientos franceses en la Oceanía, cuyo descubrimiento fué hecho por Wallis en 1767, siendo llamada por los navegantes que le siguieron Reina de la Polinesia ó Nueva Citerea.

Las primeras relaciones formales entabladas entre los europeos y los taitianos, remontan al tercer viaje de Cook. Taiti tenia entonces por rey á Pomaré II, hijo de

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

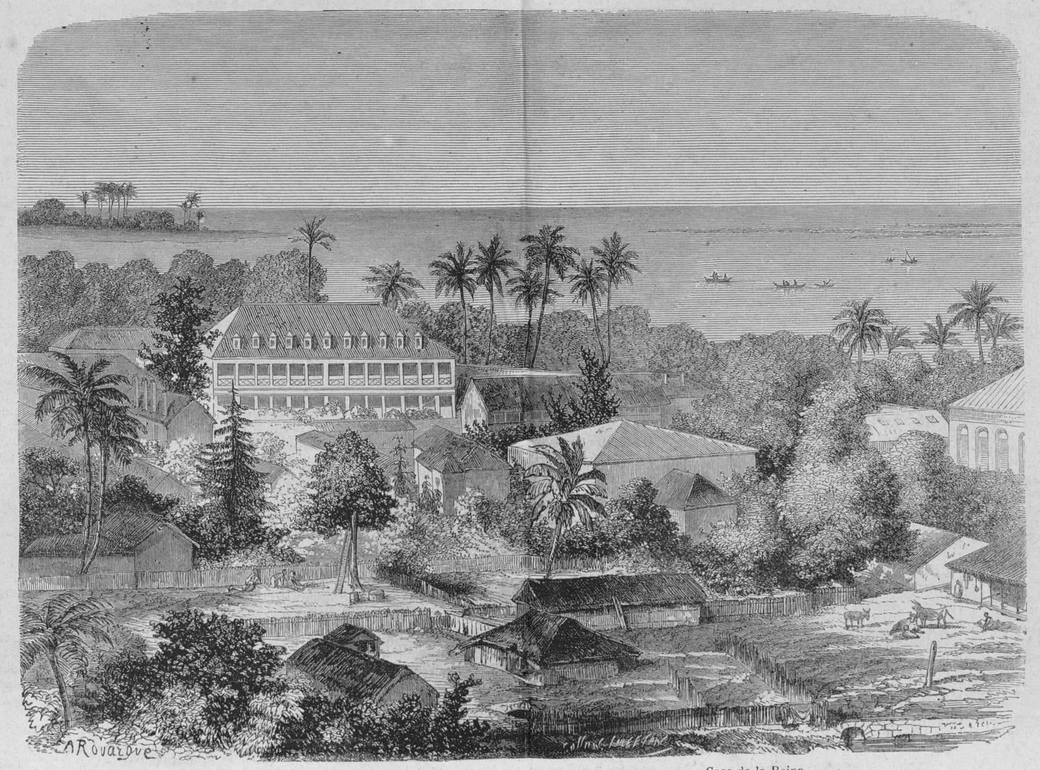
un indígena llamado Otun Tina, Vairatoà y Pomaré, regente de la isla. Este último nombre que debia quedar á su familia, le fué dado de un modo bastante singular. Habiendo salido de noche para una expedicion por las montañas, Otun contrajo una bronquitis de la que le resultó una tos obstinada, y sus cortesanos, para caracterizar y conservar el recuerdo de aquella noche, le llamaron *Po-maré, noche de la tos*. Segun afirman todos los europeos que le han conocido, Pomaré era hombre de mucha inteligencia. Habiendo desembarcado los ingleses en su isla, les hizo la mejor acogida, y no tardó en abrazar el cristianismo, lo que irritó en extremo a sus súbditos. Hasta se vió en la precision de sostener muchas guerras contra los adoradores de los dioses indígenas, y á consecuencia de una de ellas tuvo que retirarse á Huabine, donde permaneció hasta 1813. Finalmente, una victoria decisiva que debió á la participacion de los ingleses y á la intervencion de sus misioneros, que no cesaban de apelar á todos los recursos para asegurar su posicion en la isla, le devolvió por fin el poder en 1815.

Arii Faaite, príncipe esposo. Arii Aué, heredero presuntivo. Reina Pomaré IV. Tama Toa, rey de Raia Tea.

A la muerte de Pomaré II, que sobrevino en 1821, como su hijo proclamado bajo el nombre de Pomaré III era muy niño aun, se confió la regencia á la tia del jóven soberano. Esta princesa dotada de un carácter enérgico, y que no se hallaba bien persuadida de que los taitianos tuviesen mucho que ganar con el contacto de los misioneros anglicanos, se opuso abiertamente á las usurpaciones de estos últimos, que parece querian establecer un gobierno teocrático. Para vengarse, los misioneros la excomulgaron é hicieron que se la quitase el poder. En cuanto al rey, murió al poco tiempo dejando el trono á su hermana Aimata, que á la sazon tenia catorce años, esto es, á Pomaré Vahine (*vahine,* mujer), la reina actual.

Inútil es entrar en el pormenor de los sucesos políticos ocurridos en Taiti por aquella época. Todo el mundo recuerda la actitud deplorable que el gobierno francés tomó con respecto á la Inglaterra. Sabido es

Punta de Faré Uté, nuevo palacio de la reina.



Palacio del Gobierno. Cuartel de infantería de marina. Casa de la Reina.

Hijas, sobrinas y primas de Pomaré IV.

que el almirante Dupetit-Thouars se apoderó de Taiti en nombre de la Francia, y que el ministerio del rey Luis Felipe se negó á ratificar este acto, y restableció la autoridad de los antiguos jefes bajo el protectorado francés. Un partido ciego excitado por los misioneros anglicanos no quiso reconocer esta decision, y de aquí la guerra larga y encarnizada que desoló ese hermoso país.

Por fin la toma del fuerte de Fantahua vino á poner un término á esa triste lucha. Se firmó la paz, y la reina, que habia estado refugiada en Raiatea mientras duraron los combates, volvió á Taiti el 9 de febrero de 1847. El gobierno del protectorado sigue reinando en el dia sin oposicion, y vencedores y vencidos trabajan a porfía en hacer desaparecer las huellas de las pasadas disensiones.

En conformidad al acta del protectorado de 1842, el representante del gobierno francés en las islas de la Sociedad está encargado de todas las relaciones exteriores del gobierno taitiano y del arreglo de todos los negocios que conciernen á los residentes franceses y extranjeros en los Estados del protectorado. Sus relaciones con las autoridades indígenas están determinadas por un número de actos y de leyes demasiado crecido para que nos sea posible su enumeracion. En dos palabras diremos que el gobierno taitiano es enteramente independiente, y que su forma es la de los gobiernos constitucionales. Tiene por base una asamblea legislativa formada de tres elementos: los diputados elegidos por tres años, por el sufragio universal directo; los jefes de distritos y los voohitus ó magistrados indígenas. El territorio está repartido en veinte y un distritos, y la poblacion está agrupada por aldeas, que desde 1855 se hallan administradas por un consejo indígena con atribuciones muy latas.

Los jefes de distritos dependen del gobierno de la reina y del gobierno francés. Estos dos poderes tienen su centro en Papehiti, capital de la isla.

El lugar donde celebran sus sesiones los diputados taitianos, es un vasto edificio cuadrado de estilo oriental

Una calle de Papehiti.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

y coronado con una cúpula. Los indígenas le llaman *Fare-Aporaa* (casa de las grandes palabras). La apertura de las legislaturas se hace con la mayor solemnidad; la reina acompañada del gobernador y seguida de una comitiva numerosa se dirige al Congreso, formando la carrera las tropas de la guarnicion, y al ruido de las salvas de artillería.

La reina vestida á la europea toma asiento en un estrado, teniendo al gobernador á su derecha y á su izquierda á su esposo Arii-Faaite. Este, órgano de Pomaré-Vahine, da á conocer mediante la lectura de un manifiesto, los principales puntos sobre los cuales el gobierno llama la atencion de los diputados, venidos de todos los puntos de las islas de la Sociedad y de sus dependencias. El gobierno toma despues la palabra y presenta el resúmen de los progresos realizados en la colonia desde la última legislatura. Cada representante, los jefes varones y hembras de las islas, acuden despues á prestar juramento de fidelidad á su soberana.

Con el palacio de la reina y el del gobernador, que es actualmente el capitan de fragata Gaultier de la Richerie, el Fare-Aporaa representa todo el Papehiti monumental. Seria injusto no obstante, pasar en silencio las construcciones que debe la ciudad á la marina, como el desembarcadero y el elegante edificio que reune los almacenes de los víveres de la marina y de la manutencion. Vienen despues el almacen general, la direccion de ingenieros, la de la artillería; luego la Biblioteca, el Tribunal, un hermoso cuartel para la infantería y la artillería de marina, y por último, el hospital (*fare-mai*, casa del mal) rodeado de un bonito jardin. L. R.

(Se continuará.)

Aureliano.

PRIMERA PARTE.

ESCENAS HISTORICAS DEL SIGLO V.

(Continuacion.)

La jóven princesa se volvió hácia Clodoveo, y un torrente de lágrimas saltó de sus ojos. Se cubrió el rostro con sus manos y entró precipitadamente en la litera.

Las trompetas dieron la señal de la marcha, y muy luego Chilperico y sus leudes desaparecieron.

Clodoveo al volverse distinguió á Lutgarda á la ventana: una sonrisa de alegría y de triunfo iluminaba sus facciones.

Clodoveo se estremeció y bajó los ojos, pues aquella sonrisa le habia herido en el corazon. No levantó la cabeza sino cuando Raganhaire le puso la mano en el hombro y le suplicó entrase con él en el palacio para hablar de asuntos graves. Clodoveo le siguió sin atender á él, pues tenia siempre dos imágenes delante de los ojos... Clotilde llorando y Lutgarda risueña.

V.

El dia fijado para la reunion del ejército franco, los jefes de todos los cantones de la federacion se habian hallado con el número prometido de frameas en la llanura de Cambrai.

El jefe supremo habia reunido á todos los *edelingen* y les habia dado á conocer su voluntad de que dejasen en paz á los habitantes indígenas de la Galia, y que no se cometiera con ellos ninguna violencia; pero que se apoderasen de todas las riquezas trasportables, propiedad de los romanos, y las reuniesen en carros detrás del ejército hasta que pudiese hacerse el reparto legal del botin.

Los *edelingen* se resignaron á la excepcion en favor de los galos, pensando desquitarse con una parte de las propiedades romanas que eran muy numerosas; muchos guerreros se sometieron tambien á la voluntad del jefe, pero otra parte del ejército murmuró, pues los francos no entraban en campaña sino para robarlo todo. Sin embargo, este descontento de la minoría no tuvo por entonces ningun mal resultado.

Clodoveo supo que el general romano Siagrius habia concentrado todas sus tropas disponibles en torno de Soissons, su capital, donde esperaba á los francos. Este plan estaba bien concebido, pues Soissons era una plaza muy fuerte y difícil de tomar, aun para un ejército provisto de grandes máquinas de guerra. Siagrius sabia muy bien que la federacion franca no poseia arietes, ni puentes volantes, ni escalas de asalto, y que por lo tanto no podia escalar las fortificaciones de Soissons.

Clodoveo no podia pues hacer mas que buscar un medio de atraer á los romanos á campo raso.

Bajó lentamente por la Galia, y mandó destacamentos en todas direcciones para devastar é incendiar despues las propiedades de los romanos.

Así atravesó con su ejército la parte setentrional de la Galia, ahuyentando por do quiera á los romanos y destruyendo cuanto pertenecia al imperio ó al gobernador del pais Siagrius, con gran satisfaccion de los guerreros ávidos de botin.

Casi cada dia Siagrius sabia por los romanos que buscaban un asilo en Soissons, las devastaciones y degüellos de que eran víctimas sus compatriotas.

El general romano era hombre valeroso; y cada vez que oia los lamentos de los fugitivos sentia hervir su sangre al verse condenado á la inaccion.

Concibió el proyecto de salir á atacar á los francos; pero los soldados que componian sus legiones no eran ya los romanos de otros tiempos; el nombre de los bárbaros, francos, borgoñones ó godos les hacia temblar, y solo detrás de las murallas inexpugnables de Soissons sentian ánimo para alzar á lo lejos contra el enemigo las águilas moribundas de Roma.

Siagrius no pudo decidirlos á salir al campo, no obstante que ellos eran doce mil, y los francos no pasaban de cinco ó seis mil hombres; y necesario fué que Clodoveo enviase á Siagrius una embajada, que fué confiada á Aureliano, desafiándole con los suyos en el camino que conduce á Reims, y amenazándole si no lo hacia con cortarle los víveres y el agua bajo los muros de Soissons, para que los jefes de los romanos aceptasen por fin el combate.

Despachado el embajador, Siagrius se volvió á los oficiales y les dijo:

— Dad las órdenes para una marcha inmediata. Que se queden las dos legiones mas débiles en el interior de la ciudad, á fin de guardarnos la retirada si llegara el caso.

— ¿Tan pronto? preguntaron los romanos con sorpresa.

— Sí, al momento, respondió el general; los francos no nos esperan aun, y nuestra llegada imprevista les quitará quizá la confianza que les infundia nuestro supuesto terror. ¡Obedeced!

Los oficiales se dispersaron en distintas direcciones.

Poco despues resonó por todas partes el toque de llamada.

Los francos estaban acampados hacia dos dias á las orillas de un rio á tres horas de marcha de Soissons. El lugar en que se encontraban era una pradera que se extendia por las márgenes del agua y estaba encajonada entre colinas bastante elevadas.

Habia pocas tiendas en comparacion de la multitud que estaba instalada en el llano; sin duda la mayor parte de aquellos hombres rudos y aguerridos dormian al aire libre, pues era entre ellos un título de honor el desafiar al frio y á la nieve, á la lluvia y al viento.

Al pié de las colinas, por el lado donde se hallaba el campamento de los francos, se veian muchos carros cargados de cosas preciosas, viéndose brillar entre las telas de seda y lana objetos de oro y plata, haciéndose notar sobre todo en aquel monton de despojos magníficas armaduras romanas de todas clases.

Todo el terreno que comprendia el llano entre el rio y las colinas parecia un hormiguero, y los francos pasaban el tiempo alborotando, cantando y entreteniéndose en varios juegos que servian para ejercitar las fuerzas corporales.

Un gran número de ellos se habia colocado al extremo del campamento, formando un vasto cuadro cerrado por todos lados, y dentro de él corria á gran galope un ardoroso caballo que excitaban con grandes gritos. Los que querian aparecer mas hábiles saltaban sobre el caballo cuando iba corriendo á todo correr, dando muchos aquel salto con extraordinaria presteza, ocurriendo las mas veces, que cuando fallaba el salto caia de espaldas al otro lado del caballo. En este caso una carcajada general de los espectadores resonaba en los aires, y un murmullo burlon saludaba al torpe saltador.

Mas lejos se ejercitaban en el manejo del hacha y la framea varios guerreros en medio de otro grupo de espectadores, juego que no debia ser tan agradable como el otro, porque en las facciones de los testigos de aquel ejercicio se veia pintada la cólera y sed de venganza, como si participaran verdaderamente de las emociones de los combatientes. Ninguna dificultad hubiera habido en creer que aquel juego era un verdadero combate, porque de vez en cuando se daban golpes sangrientos sin que por eso se turbase aquel belicoso entretenimiento, pues si el herido tenia fuerza aun para manejar el hacha ó la framea, se esforzaba por conseguir una venganza análoga, si no podia otra cosa, yendo en busca de los sacrificadores para que le curaran las heridas.

En otras partes se luchaba en la velocidad de la carrera y en la agilidad en saltar, y últimamente, en otras se ejercitaban en lanzar la framea á un objeto determinado.

Pero el espectáculo mas extraordinario tenia lugar en la parte izquierda del campo, donde se ejecutaba la célebre danza guerrera de los pueblos del Norte. Un centenar de guerreros completamente armados, estaban colocados por parejas en dos filas uno frente á otro. Los escaldas ó cantores entonaban un canto, acompañándose con sus instrumentos de cuerda á compás lento. Por un instante ambas filas acompañaron aquel canto con un extraño murmullo que producian los guerreros con sus escudos; despues se aceleró el compás poco á poco, hasta que de pronto avanzaron todos los guerreros, bailando y levantando sus hachas, pegando con ellas en los escudos de los que les servian de pareja de frente; estos evitaron los golpes, se volvieron, huyeron, tornaron, y combatiendo de este modo y esgrimiendo é hiriendo, acabaron por empeñarse en evoluciones tan rápidas y complicadas, que la vista de los espectadores no podia seguirlas. El canto, el ruido de los instrumentos, los gritos, el murmullo tras los escudos y el choque de las armas producia un conjunto arreglado con maravillosa precision á un mismo compas, cuyo extraño acorde hacia estremecer de alegría el corazon de aquellos hombres determinados.

Mientras el ejército pasaba el tiempo en aquel belicoso entretenimiento, á falta de un combate verdadero, Clodoveo estaba enteramente solo en su tienda.

Hallábase sentado en un banco delante de una mesita de madera, con la cabeza apoyada en una mano y un cuchillo en la otra, con el que se esforzaba en grabar en la mesa ciertos caracteres.

Conociase sin embargo que se entregaba á aquella ocupacion sin saber lo que hacia, y que otras ideas ocupaban su mente, porque de vez en cuando dejaba caer el cuchillo su mano distraida sin que se apercibiese de ello. Entonces se ponia pensativo por algunos instantes, mirando fijamente en el espacio; pasaba la mano por su frente y movia los labios, como si su boca pronunciara palabras misteriosas, hasta que su mano buscaba y volvia á tomar por sí sola el cuchillo para continuar grabando los caracteres.

Pronto se levantó Clodoveo, siempre absorto en sus ideas, dejó el cuchillo en la mesa y salió de la tienda. Algunos de los *edelingen* que le aguardaban en el umbral se le acercaron para recibir órdenes, pero pasó por entre ellos sin hablar una palabra; siguiéndole ellos sin embargo por el llano, adonde se dirigió, y aun hasta que subió la colina y se perdió por entre los árboles de la selva, con intencion evidente de sustraerse al ruido y buscar la soledad.

Haria apenas un cuarto de hora que Clodoveo se habia ocultado bajo la arboleda, cuando Aureliano bajó la colina con su escolta y se paró delante de la tienda del jefe.

Un *edeling* que habia observado la parte por donde Clodoveo habia subido á la colina, echó á correr en aquella direccion, diciendo al paso algunas palabras á gritos al galo-romano.

Aureliano entró en la tienda para esperar en ella á Clodoveo, y por mucho tiempo permaneció allí sin que su vista se fijase en el cuchillo ni en los caracteres grabados en la tabla de la mesa.

Al fin los vió, y su vista produjo en él una impresion singular. Primero dió un paso atrás temblando de sobresalto; despues pareció dudar, y bajó de nuevo la cabeza para ver mejor los caracteres. Pero gradualmente fué pintándose en sus ojos el júbilo, y una radiante sonrisa iluminó sus facciones, diciendo con voz conmovida pero contenida:

— ¡Dios! ¿qué he visto? ¿Clotilde? ¡intenta escribir el nombre de Clotilde! Afirma quererla olvidar y graba la prueba de su amor en la tabla de esta mesa...

Por algunos instantes fijó en el cielo una mirada estática y pareció arrebatado de felicidad; pero su vista se perdió en el vacío y cayó en una profunda preocupacion, hasta diseñarse en sus labios una sonrisa ligeramente irónica.

— ¡Cuán mentecato soy! dijo suspirando. ¡Cuán pronto se abre mi alma á esa magnífica esperanza! Veia ya á mi poderoso señor al pié del altar con una desposada de sangre real... ¡Locura! Preciso es no pensar mas en ello: Clodoveo mismo la ha hecho marchar para sofocar mejor su simpatía hácia ella. Ha prohibido bajo pena de incurrir en su desagrado, que se hable una palabra que pueda recordar la visita de Clotilde.... Pero si su inflexible voluntad ha borrado para siempre su recuerdo, ¿cómo su mano traza ese nombre en caracteres imperfectos, pero que es imposible desconocer? Preciso es haya algun misterio en la última entrevista que tuvo con el rey Chilperico. ¿Qué puede haber pasado entre ellos? ¿Le habrá hablado Clodoveo de su amor? Tal vez haya recibido una negativa que haya herido su corazon. Quizá disimula por orgullo una pasion que abrasa su alma. Dios omnipotente, ¿quién puede sondear la profundidad de vuestros decretos? El jefe supremo de los francos es pagano; Clotilde es cristiana; entre los dos hay un abismo que mi razon humana no puede allanar... Pero, Señor, ¿qué hay para vos que sea imposible?

Una nueva alegría brilló en las facciones de Aureliano, y por algunos instantes todavía se perdió en la contemplacion de un delicioso porvenir; despues se aproximó lentamente á la mesa, y consideró otra vez los caracteres con creciente emocion.

La tela que daba entrada á la tienda se levantó por completo, y al presentarse Clodoveo sorprendió al galo-romano mirando aun á la mesa.

La mirada que dirigió á su confidente pareció preguntarle lo que hacia; pero el deseo que tenia de saber el resultado de la mision de Aureliano, alejó sin duda de su mente aquella idea fugitiva, y le preguntó con sonrisa burlona:

— ¡Y bien! ¿qué ha pasado? Los viles romanos han rehusado, ¿no es así?

— ¡Al contrario, señor! contestó el galo-romano.

— ¿Cómo? ¿qué dices?

— Que antes que el sol de mañana descienda hácia Occidente, vendrán á buscaros aquí.

— ¡Imposible, Aureliano! Te han engañado. ¿Se atreverian á salir de sus murallas y á abandonar sus atrincheramientos? No, no; la prudencia es la hermana inseparable de la cobardía.

— Lo que os digo, Clodoveo, no dudeis de ello; Siagrius acepta vuestro desafío; no faltará á su palabra.

— No puedo creerlo, Aureliano. ¿Qué has hecho para sacar á esos cadáveres de su mortal abatimiento?

— ¡Ah! les he dicho tantas cosas en vuestro nombre y les he insultado tanto, que su rancia sangre romana se ha inflamado y ha hecho sordos á todos á la voz de la prudencia. La voz de Siagrius al hacerme saber su decision era tranquila y solemne como la del hombre que ha tomado resueltamente una resolucion heróica, y lo que me ha dicho tenia tal aire de conviccion y de firmeza, que no podia dejarme la menor duda. Os lo repito, señor, no lo dudeis; los romanos vendrán á ofreceros la batalla.

A manera que las palabras y afirmaciones del galo-

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

romano producian el convencimiento en el alma de Clodoveo, sus ojos iban expresando la alegría, exclamando al fin con entusiasmo:

— ¡Gracias os sean dadas, Odin; las águilas dejarán por fin su nido de piedra y vendrán á arrostrar la bravura del cazador en sus tollos! ¡Ah! mañana tal vez me pertenezca la Galia... Aureliano, amigo mio, me traes una buena noticia, y te doy gracias de todo corazon por el milagro que ha producido tu elocuencia en Soissons. Dime, ¿cuándo crees tú que vendrán? ¿Hoy no?

— Creo que mañana, respondió Aureliano, segun parecian anunciarlo las palabras de Siagrius. El dia toca ya á su mitad, y es de suponer que los romanos se ocuparán hasta la noche en prepararse para esta expedicion inesperada.

— Ciertamente; si se deciden á venir será mañana á la madrugada, y por lo tanto creo inútil distraer á nuestros hombres de sus ejercicios y juegos; entre tanto voy á ponerlo inmediatamente en conocimiento de los *edelingen*. ¡Pero tú estás distraido, Aureliano! ¿En qué piensas? ¿Tienes alguna inquietud? ¿Temerás acaso por la jornada de mañana, y me habrás hecho concebir una esperanza que no tenias?

— ¡No me atrevo á confesar la causa de mi emocion, señor! dijo el galo-romano. Podria irritaros si tuviese atrevimiento de leer en vuestra alma.

Esta respuesta pareció sorprender á Clodoveo, y mirando con aire interrogativo al galo-romano, le dijo despues de un momento con benévola sonrisa:

— Tú puedes decirme cuanto quieras, Aureliano: ¿ignoro acaso que todos tus pensamientos no tienden mas que á mi bien?

Aureliano dirigió el dedo hácia la mesa, y sin pronunciar una palabra señaló los caracteres que estaban trazados en ella.

Clodoveo dirigió la vista á la mesa con franca curiosidad, y examinó las letras con cierto aire de duda, como si no supiera que las habia trazado él mismo, ni lo que significaban; pero el cuchillo que se hallaba á su lado y su memoria se lo recordaron.

Por algunos instantes paseó su mirada por la tienda, y haciendo despues un movimiento repentino como si hubiera tomado una súbita resolucion, se volvió hácia el galo-romano y le dijo en voz baja:

— Aureliano, mi mano ha revelado lo que pasa en mi corazon. ¿No es cierto que te he dicho que la impresion que habia producido en mí la hija de Chilperico se debilitaria y acabaria por desaparecer enteramente, y que la olvidaria? Yo así lo he creido, y lo que es mas, lo he deseado y lo he querido, y para levantar un muro entre ella y yo hasta he insultado á su padre y le he despreciado aparentemente... ¡Vanos esfuerzos! He luchado contra su imágen dia y noche; avergonzado é irritado me he burlado yo mismo de mi debilidad; me he esforzado por llenar mi mente de pensamientos heróicos y de una ambicion sin límites... ¡Todo ha sido inútil! Hay en mí un no sé qué que no comprendo; una fuerza misteriosa que me domina, un hado, un encanto..... ¡Oh! ¡ojalá que esa, cuyo nombre se empeña en trazar mi mano á pesar mio, y cuyas facciones seductoras se presentan incesantemente á mi vista animadas de una grata sonrisa, ojalá que nunca se me hubiese aparecido! ¡Ah! ¡si las envidiosas nornas no hubieran puesto en mi camino esa encantadora cristiana, no me hubiera sometido á un poder inexplicable, y mi corazon no se hubiera sentido humillado con el sentimiento de mi impotencia infantil!

Aureliano quedó pensativo un instante, y levantándose despues se acercó á Clodoveo y le dijo muy bajo:

— ¡Clodoveo, si Clotilde fuera un dia vuestra esposa!...

Un destello brilló en los ojos de Clodoveo y su rostro se iluminó; pero la ilusion que llenaba de gozo su corazon la abandonó al instante. Apartó con la mano al galo-romano, y le dijo con los labios amargamente contraidos:

— ¡Tú quieres asustarme! ¡por tu amistad y la mia, Aureliano, no juegues con el fuego que me abrasa y que podria devorarlo todo! ¡No hagas nacer en mí una vana esperanza; deseos insensatos... porque seria preciso romper tronos, aniquilar reinos y verter torrentes de sangre para satisfacerlos! ¿Sabes si me atreveria á intentarlo?

— Pero, señor, dijo Aureliano, si vuestra espada triunfante pusiese en vuestra cabeza la corona de la Galia, ¿qué príncipe no desearia ver á su hija sentada á vuestro lado en ese trono potente?

— ¡Calla! ¡calla! murmuró Clodoveo; tú no sabes lo que ha pasado entre el rey Chilperico y yo. Escucha, y reconoce cuán imposible es la realizacion de tus proyectos insensatos. Salí solo á caballo con el rey, con el objeto de suplicarle amistosamente ó mandarle partir inmediatamente con su hija sin mas explicacion. Queria romper de una vez el encanto que me dominaba; pero antes de que tuviese tiempo de expresar al rey mi deseo, me habló con acendrado despecho de su hija, de su sueño y de su rara conducta para conmigo. Sus palabras se hicieron cada vez mas amargas, y por último, hirió tan profundamente mi altivez, oponiendo orgullo á orgullo, que yo me irrité contra el rey, le humillé á mi vez, y hasta hablé de su hija con afectado desden. Suscitóse entre nosotros un vivo altercado, que llegó hasta el punto de que ambos tiráramos de la espada para apagar en sangre nuestra cólera. El rey consintió en marchar inmediatamente, y aun cuando al volver á palacio estábamos mas tranquilos, me dijo sin embargo con la mas inflexible resolucion, que preferia someterse á su hermano y renunciar á su corona, á dar por esposa su hija á un pagano, si quier fuera el emperador de Occidente.

— Pero, mi señor Clodoveo, no comprendo bien. ¿Habeis hablado al rey de semejante matrimonio?

— ¿Yo? de ningun modo; yo rechazaba esa idea con desprecio siempre que el rey la anunciaba.

— ¿Desconfiaria quizá de vuestra franqueza?

— Lo ignoro. Lo cierto era que el sueño de su hija le habia llenado de tan inexplicable ansiedad, que parecia temer llegara á ser una realidad.

— Tal vez el rey no se engañe, observó el galo-romano.

— No; ¡se engaña! exclamó Clodoveo. ¿Crees pues que porque yo no haya desechado su recuerdo no triunfaré de mi loca pasion? ¿Crees tú, que cual afeminado romano sucumbiré á la mirada de una mujer? ¡Ah! ¡lo veremos! Yo no quiero esposa cristiana; mis hijos no se arrodillarán ante dioses tímidos que no inspiran á sus siervos mas que el desaliento de la impotencia. ¡Mis descendientes no se parecerán á los borgoñones y godos, que han cambiado la noble y varonil grandeza de sus antepasados por las costumbres de Roma aniquilada y gangrenada!

— ¿Quereis escucharme con calma, dijo el galo-romano con tono solemne, y permitirme os haga una séria pregunta? ¿Si el sueño de Clotilde fuese una profecía, si Dios mismo quisiese que ese sueño se realizara?

— ¿Qué Dios? ¿tu Dios? ¿Qué puede él sobre mí que estoy protegido por todos los ases del Glasheim?

Aureliano replicó con voz tranquila y expresiva á la vez:

— ¡Yo hablo del Dios que todo lo gobierna en la tierra, cuyo poder ha hecho los mundos, y que con solo un signo suyo puede romperlos!

— ¡Alvader (1) ha creado el mundo; Odin es el poderoso dispensador de los destinos de los hombres! respondió Clodoveo con acritud.

— Llamad como querais al infinito é irresistible poder que reina en las alturas, que por eso no dejais de reconocerle. ¡Pues bien! decidme, si ese poder supremo os hubiese destinado á uniros con la hija de Chilperico, por grande de alma y cuerpo que fueseis, ¿qué podriais hacer para variar vuestro destino? ¿Qué podria hacer el rey de los borgoñones para combatir y vencer la voluntad del Altísimo? ¿No contestais, Clodoveo?

Este habia dejado el banco en que se sentara y se paseaba silencioso y con paso lento por aquel salon improvisado. Poseido de una profunda emocion, tenia los ojos fijos en el suelo y meneaba la cabeza como dudando y vacilando.

Acercóse por fin al galo-romano y le dijo con tono lleno de amargura y desconfianza:

— Pero tú, Aureliano, que te atreves á leer tan osadamente en el alma de Clodoveo, dime qué ha podido hacerte variar tan repentinamente de opinion sobre este punto. ¿En qué consiste que hayas olvidado á Lutgarda, Raganhaire, la federacion franca y el destino que me presagiabas?

Sorprendido el galo-romano con aquella pregunta, no respondió de pronto, y Clodoveo continuo:

— Y sin embargo, Clotilde profesa la fe de los borgoñones y de los godos; ¡es arriana! ¿Cómo pues abogas por tus mayores enemigos?

— No es arriana, murmuró tímidamente Aureliano. Profesa la misma creencia que los cristianos de la Galia.....

Una expresion de cólera y de indignacion anubló el rostro de Clodoveo, y con los brazos cruzados sobre el pecho se paró delante de Aureliano mirándole fijamente. El galo-romano tembloroso bajó los ojos.

— Aureliano, dijo Clodoveo con sorda voz, Clotilde ha soñado que un obispo cristiano uniria nuestras manos en una iglesia cristiana, y que me bendeciria en nombre de vuestro Dios. ¡Ah! ¿es una cristiana, una cristiana como tú? Por eso no abogas ya en favor de Lutgarda ¿no es verdad? ¿Te atreves á desear que renuncie un dia al lugar que tengo reservado en el Walhalla, al lado de mis padres, y que reniegue de mis ases? Tu esperanza es el primer sentimiento hostil que hayas tenido tal vez en tu vida hácia mí. Ocúltale en lo mas profundo de tu corazon, esfuérzate por sofocarle, y que no quede de él el menor rastro; porque puedes estar seguro de ello, el lazo fraternal que nos une tan estrechamente desde la infancia...

Un tumulto inusitado sonó repentinamente en el campamento, al que siguieron inmediatamente confusos clamores de los guerreros que continuaban ejercitándose en los juegos militares. Clodoveo no comprendia lo que podria haber sucedido, pero el tumulto era tan extraordinario, que dejó de hablar y salió precipitadamente de la tienda.

Apenas salió vió que bajaban de la colina dos jinetes y que se dirigian hácia él haciéndole repetidas señas que parecian indicar un peligro inminente.

La noticia que traian aquellos jinetes debia saberse en el campo; porque los guerreros corrian por todas partes para reunirse cada uno á su division, y muchos *edelingen* acudian á la tienda de Clodoveo para tomar sus órdenes.

Todavía de lejos, gritó uno de los jinetes al jefe de los francos:

— ¡Los romanos están ahí!... ¡un ejército considerable á algunos tiros de flecha!

— ¿Por qué lado vienen? preguntó Clodoveo.

— Por ese lado, atravesando los campos, contestó el jinete interpelado.

(1) *Padre de todo*, uno de los nombres de Odin.

A Clodoveo no pareció agradarle la direccion que habia tomado el enemigo para atacar al ejército franco. Dió una patada de impaciencia en el suelo y dijo á los *edelingen* que le rodearon en gran número en aquel momento:

— Nos han sorprendido y engañado; han pasado el rio por alguna parte y vienen por aquella orilla. Es preciso variar nuestro plan de defensa. ¡Pronto! ¡que avancen los cuerpos de Flandes y del Hainaut! Yo me quedo con el destacamento de Tournay para destrozar al enemigo en el puente, donde sucumbirá pronto. ¡Que los demas cuerpos tomen las alturas! ¡No perdamos tiempo! ¡Seguid con la vista mi espada y estad atentos á mi voz! ¡Id! ¡Acordaos que sois germanos!

Dichas estas palabras Clodoveo saltó sobre un vigoroso caballo padre que le tenia dispuesto el conde palaciego Sigebaldo, y todos los *edelingen* se separaron para ejecutar las órdenes recibidas; pero por prisa que se dieran á cumplir su encargo, apenas tuvo tiempo el primer cuerpo para llegar á la cima de la colina, cuando la caballería romana, lanzada al escape, cayó sobre los francos, invadiendo irresistiblemente una buena parte del valle.

Exasperados por aquel choque imprevisto, los demás destacamentos hicieron resonar los aires con formidables gritos de guerra, y avanzaron precipitadamente para ganar la cima de la colina.

Entre tanto numerosas tropas de arqueros ocuparon aquella cima y empezaron á lanzar una nube de flechas sobre sus enemigos.

Aun cuando los francos se precipitaban con ciega intrepidez sobre los caballos y consiguiesen sacar de la silla á los jinetes, no pudieron abrirse paso hácia la altura, á fin de poder desplegar mas de un destacamento. Al cabo de algunos instantes la cima de la colina donde habia tenido lugar el empeño de armas, estaba sembrada de cadáveres.

Clodoveo se hallaba en el fondo del valle con las gentes del pais de Tournay. Dirigió en torno suyo su mirada de águila, y pareció buscar en las sinuosidades del terreno una salida que le permitiese subir la colina con sus hombres y coger á los romanos de flanco.

Alzaba ya su espada para mandar el asalto, cuando de repente se oyeron sonar á su espalda y á la otra parte del rio algunas trompetas. Aquellos sonidos debieron causar gran júbilo á los romanos empeñados en la batalla, porque los saludaron con bulliciosas aclamaciones.

Siagrius debia estar muy bien enterado de la situacion del campo franco, y lo demostraba suficientemente la manera con que habia calculado el ataque. Habia dividido su ejército en dos cuerpos, y á uno de ellos le habia hecho atravesar el rio, habiendo conseguido su intento de cercar á los francos en un estrecho valle, y hacerse dueño de todas las alturas por ambos lados.

Como tenia á su disposicion numerosos cuerpos de arqueros, esto le dió gran ventaja en la lucha, permitiéndole rechazar los ataques de los francos con la certeza de exterminarlos, por decirlo así, sin gran pérdida por su parte.

(Se continuará.)

Fiestas en Roma.

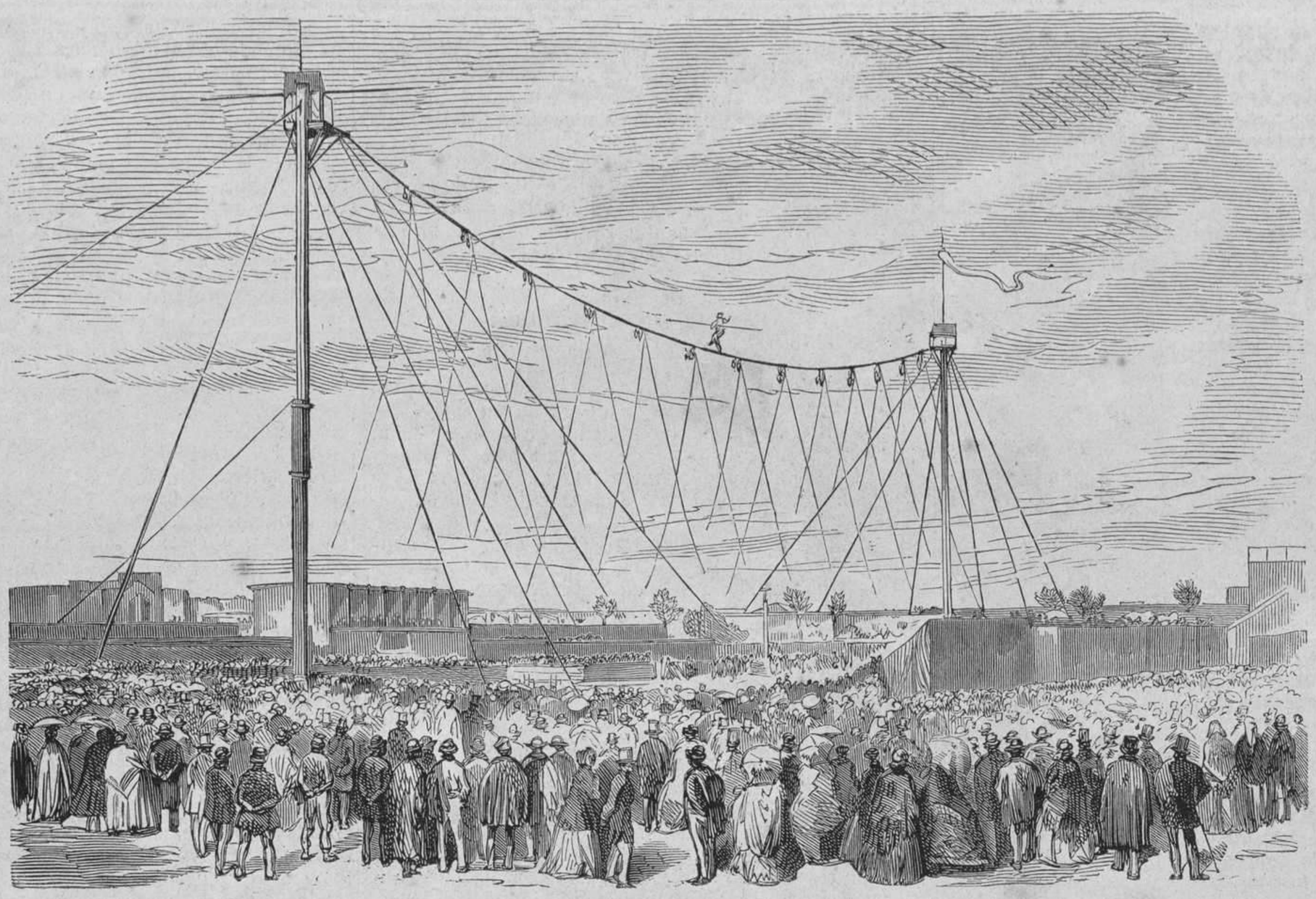
El pueblo romano de hoy no ha perdido mucho de lo que era en tiempo del Imperio; es siempre aquel aficionado á diversiones, aquel gran perezoso que en las épocas de Tiberio y de Neron pretendia vivir con las liberalidades de los triunfadores ó de algun ambicioso patricio. Al anuncio de un espectáculo se pone en movimiento, y así el célebre acróbata Blondin, el héroe del Niágara, ha podido atraer fácilmente treinta ó cuarenta mil personas al campo de los Pretorianos, ese vasto espacio comprado á los jesuitas por monseñor de Merode para construir inmensos cuarteles. Allí es donde han elevado últimamente para el peligroso paseo una cuerda de ochenta piés de altura, sobre la cual Blondin ejecuta dos veces por semana sus ascensiones verdaderamente extraordinarias; sobre esa cuerda se pone de pié encima de una silla, corre metido en un saco vendados los ojos, y trasporta una cocina con toda su batería para hacer una tortilla cuya apariencia prueba su habilidad culinaria. Allí en fin se carga á hombros un hombre mas pesado que él, á quien da trescientos francos por funcion, lo que no es mucho en verdad si se consideran los peligros á que ese desdichado se expone.

Blondin pertenece, segun dicen, á una compañía que le paga treinta mil francos por mes, y se añade que posee ya cuatro millones. Ya que hablamos de las habilidades de este hombre célebre, daremos á conocer los hechos principales que señalan sus biógrafos.

M. Gravalet, conocido por Blondin, es mas bien de pequeña que de mediana estatura, mas bien grueso que flaco y de semblante suave y expresivo. Nació en Saint-Omer, Pas-de-Calais (Francia), el 28 de febrero de 1824, por consiguiente cuenta hoy cuarenta años de edad. A la de cuatro años fué colocado en la escuela de gimnasia de Lyon, donde hizo tantos adelantos, que al cabo de seis meses consiguió por su agilidad y fuerza llamar la atencion del público de aquella capital. A los nueve años perdió á su padre, antiguo soldado del primer imperio francés, y desde entonces fué la admiracion de los principales teatros de Francia.

Contratado en 1855 Blondin en Paris por el agente de la familia Rovel, tan conocida en los Estados Unidos, se

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



FIESTAS EN ROMA. — Ascension de Blondin en el Campo de los Pretorianos.

reunió á dicha compañía, en la que permaneció por espacio de tres años, sobresaliendo de una manera notable no solo en los ejercicios de la cuerda, sino en la gimnasia en general.

A últimos del año 1858, Blondin concibió la idea de dar un golpe sumamente atrevido: tal fué estirar una cuerda á través del abismo por donde pasan las rápidas corrientes del Niágara, y atravesar por ella el caudaloso rio, proyecto que fué considerado como descabellada locura; mas Blondin perseveró en su atrevida idea y trató de llevarla á efecto.

En 30 de junio de 1859 colocó el extremo de una cuerda en una eminencia que hay 160 piés sobre el normal nivel de las aguas, y el otro en otra situada á una altura de 17 piés. El abismo que se abria debajo de aquel débil puente era de 1,100 piés de profundidad, y por este puente de cuerda atravesó Blondin la gran catarata del Niágara, presenciando el acto 15,000 espectadores.

No contento con tan atrevido paso, cuatro dias mas tarde cruzó el caudaloso rio con el cuerpo metido dentro de un saco y con los ojos vendados; al cabo de ocho dias se presentó en el teatro de Buffalo y llevó á cuestas en una cuerda inclinada á un hombre mas alto que él, desde el proscenio hasta el tercer piso de palcos, volviendo á bajar por la misma cuerda por donde habia subido. El 17 de julio del mismo año volvió á atravesar el Niágara, y el 5 de agosto lo cruzó haciendo ejerci-

Tombola sorteada en Roma el 24 de abril.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

cios gimnásticos en la cuerda.

El 19 de agosto reprodujo el hecho llevando un hombre á cuestas ante el asombro de miles de espectadores que contemplaban tan arriesgada travesía. En 27 del mismo mes lo atravesó con grillos, y en 2 de setiembre practicó su ejecucion de noche, llevando en la cabeza un aparato de fuegos artificiales que se quemaron durante la travesía.

La última funcion en el Niágara la dió ante una escogida concurrencia, entre la que se hallaba S. A. R. el príncipe de Gales y su comitiva. En esta ocasion Blondin echó el resto á todos sus anteriores ejercicios cruzando y recorriendo la cuerda con zancos, por cuya arriesgada suerte mereció que le felicitase el hijo primogénito de Su Majestad Británica.

Blondin reside con su esposa y familia en una pequeña pero linda habitacion que ha adquirido en Niagara-Falls, desde la cual ve el punto de sus peligrosos viajes; allí vive rodeado de todas las comodidades de la vida, compradas á un precio tan excesivamente caro.

En prenda de admiracion por el extraordinario valor desplegado por Blondin en su primer pasaje á través de la catarata llevando un hombre á la espalda, los ciudadanos de Niágara le hicieron el presente de un magnífico medallon de oro con la siguiente inscripcion: «Presentada á M. I. T. Blondin por los ciudadanos de Niagara-Falls, en muestra del aprecio de un hecho jamás llevado á cabo por nadie, y realizado por él felicísimamente el 19 de agosto de 1859, cual fué el atravesar la catarata del Niágara sobre una cuerda llevando a un hombre á la espalda.»

La afamada trágica Ristori se encuentra en Roma al mismo tiempo que Blondin; todas las noches recita en Apollo alguno de los bellos papeles de su repertorio, y el teatro está casi vacío.

Tambien ha habido una *tombola* monstruo. Varios dias antes habian pegado no solo en Roma, sino en todas las localidades contiguas, inmensos carteles anunciando el dia y la hora de esa *tombola*, la cantidad ofrecida en premio, la distribucion de lotes, etc. El precio de cada billete era de 11 bayocos, y estos billetes, cuyo número es ilimitado, contienen quince casillas en blanco, sobre las cuales cada cual escribe los números que se le antojan, de 1 á 90, números que se repiten en un talon adherente, que se corta despues de haber sido numerado y firmado por un empleado, y se deposita en oficinas especiales. Los billetes (*cortelle*) se venden por todas partes, en las calles, en las plazas, á las puertas de las iglesias, de los cafés y demás establecimientos públicos. Su número está en proporcion de los premios. Por ejemplo, si la cantidad distribuida se eleva á 1,000 escudos (unos mil pesos fuertes), hay ordinariamente de 25,000 á 30,000 billetes. Si es doble la cantidad, tambien se doblan los billetes.

EXPOSICION DE 1864. — *Julio César*, esmalte por M. Claudius Popelin.

El sorteo se verifica en la plaza Navona, es decir, en el antiguo circo agonal de Alejandro Severo. Se podrá formar el lector una idea del número de espectadores que se apiñaban en este espacio, cuando sepa que la superficie de la plaza mide 12,000 metros cuadrados, que la muchedumbre la habia invadido enteramente el dia 24 de abril, y que además ocupaba todos los balcones, las ventanas y los tejados. Pero nada de asientos, ni de tiendas, ni de trajes elegantes; todo el mundo estaba de pié, era una verdadera fiesta popular en la cual no se habia dignado tomar parte la nobleza romana.

A las cuatro y media comenzó el *imbossolamento*. Esta operacion consiste en mostrar al público todos los números de 1 á 90, en arrollarlos y meterlos en bolas que arrojan en una rueda trasparente. El pueblo romano quiere ver y contar todos los números; quiere verlos caer uno por uno en la urna, y de otro modo no quedaria satisfecho.

Un toque de trompeta anuncia el sorteo. Un niño va sacando las bolas que entrega al presidente; este dice los números que son proclamados por un pregonero. A medida que van saliendo, aparecen en grandes cuadros dispuestos en los diferentes puntos de la plaza y sobre el tablado; y entonces cada cual apunta en su lista particular, habiendo tenido cuidado los mas prudentes de sacar una copia de su billete que guardan en el bolsillo, á fin de que no se apoderen de él manos rapaces.

La primera parte del sorteo no está muy animada, por la razon de que para llevarse el premio gordo, es preciso que hayan salido los quince números del billete. Esto es lo que se llama ganar la *tombola*, y sabido es que no sucede sino entre la cuarta y quinta extraccion. Pero cuando se quiere dar gusto á muchos, se estimula á los jugadores con el cebo de varios premios graduados. Hé aquí cual era la distribucion del 24 de abril:

Al primer terno, 20 escudos. — Al primer cuaterno, 30 id. — Al primer quinterno, 50 id. — A la primera tombola, 600 id. — A la segunda tombola, 200 id. — A la tercera tombola, 100 id. — Total: 1,000 escudos.

En la primera parte del programa se ocurren los mas extraños incidentes. — Llega un momento en que se eleva una voz, se agita un pañuelo, se arroja un sombrero por los aires para anunciar una victoria parcial. Inmediatamente se enarbola una señal á fin de que se suspenda el sorteo, y la muchedumbre abre paso al vencedor, que se adelanta hácia la mesa donde se verifica el billete uniéndole al talon. Si no ha habido error, un cuadro anuncia su triunfo, que es proclamado por el heraldo y celebrado por la música. Sin embargo, suele suceder que un individuo ha marcado un número por otro, y en este caso el sorteo continúa, y el

Las márgenes de un rio, porcelana por M. M. Bouquet.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

torpe jugador que ha hecho suspender la lotería inútilmente recibe una silba prolongada.

Pero estos incidentes no son mas que simples escaramuzas que alarman á los espectadores: hé aquí el verdadero drama que comienza. El sorteo va adelantando y se acerca el momento decisivo. Un silencio solemne reina en la asamblea poco hace tan agitada, y todas las miradas están fijas en la rueda trasparente. Por fin una voz grita: *¡tombola!* y á este grito que arrebata tantas ilusiones, un murmullo de desagrado circula en la muchedumbre, y se espera con ansia la verificacion de la prueba.

L.

Exposicion de 1864.

LA PINTURA SOBRE ESMALTE.

Con mucha satisfaccion se han visto en la exposicion de este año varios esmaltes sobre cobre, conocidos con el nombre de esmaltes limosinos. Nadie ignora que este arte eminentemente francés, que llevaron á su apogeo Penicaud II, Leonardo Limosin y Juan Courteys, decayó miserablemente en manos de los Laudin, para extinguirse en las de los Nouailher. M. Claudius Popelin, que es un pintor de historia de reconocido talento, evoca de la nada este antiguo género de esmalte totalmente olvidado. Su estilo, muy personal, se acerca sin embargo al de Penicaud II, y no desmerece.

En su Julio César ecuestre, M. Claudius Popelin reune las cualidades de un dibujante consumado á las de un brillante colorista. Nada puede dar una idea de la riqueza de tonos que producen las coloraciones de cristales traslúcidos puestos con la espátula, ya sobre blancos francamente tratados, ya sobre hojitas de oro ó de plata donde forman esos talcos deslumbradores cuyo secreto parecia haberse perdido desde el siglo XVI.

La postura digna y sencilla del jinete, la fiereza del movimiento que imprime á su montura, ese caballo blanco, fuerte y brioso, segun el estilo convenido de los alazanes antiguos, esos paños flotantes de un color purpurino oscuro, esa armadura color de aguamarina, esos accesorios en talcos de oro y plata, encarnados, verdes ó violados, todo eso bajo un cielo de una trasparencia y un brillo inimitables, contribuye á hacer de este hermoso esmalte una obra capital, la sola, sin duda alguna, de este género que se haya producido desde hace tres siglos. M. Claudius Popelin debe perseverar en un arte en que su nombre ocupará un lugar entre los mas autorizados de los pasados tiempos.

M. M. Bouquet es tambien un innovador que despliega en la porcelana su notable talento de pintor de flores y de paisista. M. Bouquet ejecuta sus porcelanas en crudo, es decir, pinta con óxidos metálicos desleídos en agua sobre el esmalte pulverulento que han recibido préviamente las piezas de tierra reducidas por una primera coccion al estado de *biscuit*. Un solo fuego basta para rematarlas. En este arte se necesitan mucha seguridad, mucha destreza y mucha libertad.

M. Bouquet compone y ejecuta sus pinturas, como hace M. Claudius Popelin para sus esmaltes, y esto le coloca en un grado superior á los ceramistas, que comunmente no hacen mas que copiar, razon porque estas artes decorativas ocupan un lugar secundario. ¿Hay nada mas completo que ese paisaje de M. Bouquet? ¡Qué frescura, qué poesía, qué gracia! ¡Qué trasparencia en ese cielo! La mejor pintura al óleo, á pesar de todos sus recursos, no podria imitarla. Cuando se considera que un cuadro de esta clase tiene la inapreciable ventaja de ser inalterable, no se puede menos de aplaudir á los que cultivan ese arte, pronosticándoles el favor del público ilustrado y verdaderamente inteligente. La medida de la placa de porcelana en que M. Bouquet ha ejecutado ese hermoso paisaje, aumenta el mérito de esta obra notabilísima bajo todos conceptos.

A. M.

En un libro de memorias

DE LA SEÑORITA T. H.

Página blanca, si tu dueña hermosa,
Melancólica un dia y resignada,
Hojeando este libro candorosa
Detiene en tí su celestial mirada,
Dila que si trocar mi ser pudiera,
Página en blanco de su libro fuera.

JULIO CALCAÑO.

Antonino Ragadini.

HISTORIA VENECIANA.

(Conclusion.)

—¿Qué comedia sangrienta se representa aquí, señores? exclamó Arturo sin poderse contener. Si necesitais mi vida, si lo que quieren vuestros verdugos es derramar la sangre de un inocente, aquí me teneis. Pero mirad por el honor de vuestra república. Si en vez de asesinar quisiérais hacer justicia, es seguro que no celebrariais vuestros impíos conciliábulos en la oscura sombra de la noche, ni os valdriais de las tinieblas para destacar á vuestros esbirros á que arranquen al honrado habitante de su pacífico hogar, ni arrastrariais en una góndola cubierta á un extranjero inerme, al que creeis sin apoyo y sin proteccion por estar muy lejos de su patria. Si fuérais justos, es seguro no le hundiriais en estos ocultos calabozos, de miedo que la luz del dia venga á haceros avergonzar de vuestra injusticia. Pero dia llegará, señores, en que Dios sea el juez de vuestras almas, y quizá no está distante el en que los hombres lo sean de vuestros cuerpos.

Volviéndose en seguida hácia el incógnito y dirigiéndose al tribunal:

—¿Qué necesidad teneis, dijo, de hacer pesar sobre este hombre el horrendo crímen del perjurio? ¿A qué perder un alma mas? ¿No sabemos todos que las declaraciones de los testigos se compran como el puñal de los *bravi?* ¡Muestra ese semblante, hombre cobarde de Venecia, muéstralo! Quítate esa careta. Cuando se delata, debe hacerse con la cara descubierta.

—Las leyes, interrumpió el inquisidor, permiten la careta: basta con que el testigo jure en presencia de Dios, y que sus palabras sean verdaderas.

—Sí, interrumpió á su vez Arturo señalando los santos evangelios; sí, porque las líneas sagradas de este libro de Dios trastornarian esa mirada impía y harian palidecer ese semblante de falsario. Guarda, guarda tu máscara, testigo, se te pagará á peso de oro.

Dijo, y llevando con fuerza sus manos hácia el pecho, le oprimia con violencia.

—Silencio, decia en voz baja, corazon mio, silencio. No vendas tu secreto á esta turba miserable de almas bajas. Guarda tu tesoro porque es precioso. Consérvale, y que duerma contigo el sueño de la eternidad.

El testigo, sobornado por el inquisidor, prestó el juramento con voz firme, y depuso segun Antonino deseaba.

Este iba ya á dar el último golpe á su víctima envuelta en una trama odiosa, cuando un portero del consejo entró en el salon. Era portador de una carta cerrada que entregó á uno de los inquisidores retirándose en seguida.

VII.

Pocos momentos despues, se dió órden para que entrase un nuevo testigo.

El rostro frio é impasible del inquisidor tomó una expresion de terror y de cólera al oir dar esta disposicion. El no habia sobornado mas que un testigo: ¿qué vendria á declarar el segundo?

Arturo conservó su actitud serena y silenciosa, sin cuidarse siquiera de levantar los ojos.

La pesada puerta del lúgubre salon rechina sobre sus goznes, y aparece el nuevo testigo que fija la atencion de todos los jueces, dejando burlada su curiosidad por traer cubierto el rostro como el anterior. Atravesó el vasto salon con paso firme y resuelto, deteniéndose como una sombra frente del terrible tribunal.

Antonino se preguntaba á sí mismo quién podia ser aquel intruso que iba á disputarle su presa; mas á pesar de la escrupulosa atencion con que lo examinaba, no pudo penetrar su vista por el denso velo que cubria al misterioso personaje. Desesperado de conseguirlo, echó una mirada escudriñadora por todo el salon, y se preparó al combate.

El silencio mas profundo reinaba en aquella mansion de muerte; el temblor que dominaba al primer testigo á la vista de aquel ser inesperado, se advertia á pesar de su tupida máscara.

—Hablad, dijo en fin el presidente con bronca y terrible voz; hablad, y prestad antes juramento.

—Por Dios, dijo el desconocido, por mi alma y por la sangre de Jesucristo, juro que Arturo de Reinolds está inocente del crímen que se le imputa.

Al pronunciar estas palabras palidecieron Arturo y el inquisidor. Los dos habian conocido aquella voz que despertó en sus almas sensaciones muy diferentes. Ya no habia máscara para ellos. La sombra se convirtió de repente en una horrorosa realidad para Antonino, y en una triste á par que dulce conviccion para Arturo. Aquel no pudo contener un ronco y prolongado grito de desesperacion, y este se cubrió el rostro con las manos, aterrado del porvenir que preveia.

—¡Teresina!... exclamó con voz trémula Arturo, vuelto de su estupor.

—¡Teresina!... repitió el inquisidor.

La imprecacion que siguió á esta exclamacion involuntaria fué á perderse á los ángulos del espacioso salon.

—¿Quién es aquí el acusador?

—Yo, contestó Antonino con el acento del furor.

Volviéndose en seguida al tribunal:

—Ilustres y rectos jueces, dijo, pido que este testigo salga inmediatamente de aquí. Yo probaré que sus palabras no merecen ser oidas y que su testimonio es insuficiente.

—Y yo, replicó Teresina, cuyos ojos inflamados brillaban al través del tupido velo, yo pido que el inquisidor Antonino Ragadini retire su falsa acusacion. Yo probaré tambien al tribunal que no merece ser oido, y que su testimonio no tiene ni puede tener fuerza.

El inquisidor contenia con dificultad la rabia que lo devoraba, y que si en aquel momento hubiera podido confundir á Teresina, lo habria hecho para hundir con ella en la tumba el vergonzoso secreto que temia revelara; pero no estaba en su mano: su honor ó su vergüenza eterna pendian en aquel instante de los labios de su mujer. Pálido, mudo, retorcia los vestidos entre sus manos convulsivas.

—Este hombre está inocente, repitió Teresina, yo lo juro por Dios, por mi alma y por los santos evangelios. Está inocente de la inculpacion que se le hace. Una venganza particular, un odio personal es quien lo arrastra ante vuestro tribunal. Porque ha correspondido al amor de una mujer, porque ha amado á quien le amaba. Esta mujer criminal delante de Dios era de otro hombre, vuestras leyes deben castigarla como la única culpable. Yo diré su nombre en voz alta, y en seguida dispondreis de ella.

Antonino se levantó ciego de furor.

—Nobles patricios, dijo con voz destemplada y ojos desencajados: ¿no conoceis que esta mujer está loca? ¿Que impulsada sin duda por el impuro amor que le ha inspirado ese francés, ha fraguado tan disparatada estratagema, demasiado grosera sin embargo para que podais dejaros alucinar? ¿Será bastante para detener el curso de vuestra justicia la aparicion de una mujer delante de vuestro tribunal y sus locas é indecorosas expresiones, hijas de un criminal amor? La comedia que aquí representa esta farsante, no merece mas que risa y menosprecio. La ilustracion que os distingue se resentiria de que se prolongara por mas tiempo tan ridícula escena. Haced salir ese testigo y juzgad despues al acusado.

Antonino hablaba así porque sabia cuán acostumbrada estaba Teresina á temblar delante de él, y esperaba aterrarla con su acento feroz. Pero olvidaba que hay momentos en la vida en que la criatura mas tímida, el ser mas pusilánime sacude vigorosamente el yugo que le oprimiera: no adivinaba en el tono firme y resuelto de su mujer, que estaba en uno de aquellos momentos de exaltacion, en que el alma no se cuida de nada, y en los que desafia y provoca con noble impavidez cuanto pueda ofrecer el destino de horroroso y terrible.

No preveia que aquella máscara podia desaparecer en un momento. Contaba con el odioso imperio de la fuerza y la crueldad, y exhalaba en sus feroces miradas el rencor inalterable de su corazon.

Teresina se adelantó majestuosamente y se paró delante de él.

—Habeis oido mis palabras, dijo; son ciertas como el alma es inmortal.

—Son falsas, replicó Antonino con voz aterradora, como esa mujer es una loca ó una mujer perdida.

—Esta mujer no está loca. Esta mujer no es una mujer perdida, contestó friamente Teresina. Porque esta mujer no es otra que la esposa del inquisidor Antonino Ragadini.

Y arrancándose la careta, la arrojó al suelo con dignidad.

—¿La reconoceis ahora, continuó, nobles señores? Juro que lo que he dicho es la verdad. Dios me juzgará seguramente en su dia: vosotros disponed de mí como gusteis.

Antonino exhaló un suspiro de desesperacion, y cayendo anonadado sobre su silla, se cubrió con una mano su cárdeno rostro, mesando con la otra su blanca y erizada barba. Un grito de amor y terror respondió como un eco á esta exclamacion de odio, vergüenza y desesperacion.

Este grito era de Arturo; Arturo cuya voz habia sido sofocada en la escena terrible que acababa de presenciar.

Arturo, íntimamente convencido de que iba á morir, y resignado antes á tan costoso sacrificio, sometiéndose á su destino, se puso ahora pálido y desencajado á la vista de aquella nueva víctima que se ofrecia por su amor á la cuchilla de la inquisicion.

Los jueces se miraban consternados ó indecisos; un instante mas y Arturo escapaba del verdugo.

Pero un instinto de venganza hizo temer al inquisidor que se salvara su rival, y reuniendo sus fuerzas, se levantó y dijo:

—Señores, me es imposible ocultar á vuestros ojos la vergüenza y la ignominia con que acaba de cubrir estos cabellos blancos una mujer perjura. No satisfecha con haber traido á mi casa el oprobio, ha querido mancillar mi nombre exponiéndolo á la burla y al desprecio de todos. Ha venido delante de vosotros, nobles patricios, á publicar su infamia y coronarse con ella sin pudor ni remordimientos. Creyó que anonadado por semejante audacia, y por la ignominia y vergüenza que cada una de sus palabras debia acumular en mi frente, me faltarian las fuerzas para continuar mi sagrada obra de puro patriotismo. Sí, os lo confieso, venerables patricios, cuando arrancando su careta ha entregado al escarnio uno de los nombres mas antiguos y nobles de Venecia, caí herido por tan agudo dolor, y arranqué con mis manos esta barba blanca, marchita por el deshonor. Sí, mi corazon ha flaqueado: en aquel momento hubiera deseado tomar la careta que yacia en el suelo y salir de aquí cubriéndome con ella el rostro. Pero una voz mas fuerte que la de mi dolor me ha detenido: la de mi conciencia. Ella ha reanimado mi valor agotado por el sentimiento, y me ha recordado mi deber. Sí, lo repito otra vez, este hombre miserable ha osado manchar con su execrable amor el lecho de un anciano que confiado y descansando en el honor de su esposa, no hubiera tenido ahora que avergonzarse delante de vosotros, si el amor que tiene á su patria fuera menos ar-

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

diente y menos sagrado para él. Instruido por un confidente celoso de que hacia algun tiempo que un jóven francés recien llegado á Venecia trabajaba en incitar á la rebelion, lo hice seguir durante algunos dias, y hasta no estar íntimamente persuadido de sus criminales planes, no he querido delatarlo al tribunal para no exponer á este ilustre cuerpo á que derramara la sangre de un inocente. De este modo, por mi adhesion á la república he descubierto al mismo tiempo la traicion que se hacia á mi honor. Justicia pues, justicia, en mi nombre y en el de todos. ¡Yo os pido justicia!

Teresina estaba pálida y moribunda. De repente hizo un esfuerzo, y alzando su rostro inundado de lágrimas, extendió sus brazos en ademan de querer hablar.

El inquisidor que advirtió este movimiento súbito, se levantó precipitadamente, y dirigiéndose á los jueces, dijo:

—Pido antes de todo, que salga esta mujer de aquí. Ilustres senadores, ordenad que salga inmediatamente. Lo pido en nombre del derecho que me da el baldon con que ha deshonrado el nombre que ella llevara un dia. Que salga, que salga al instante hasta el dia en que ligada de piés y manos la arrastre yo mismo ante vuestro tribunal para pediros me hagais justicia, como exijo ahora que la hagais á Venecia.

La órden que reclamaba el inquisidor se dió al instante, y el ugier del consejo condujo fuera del salon á Teresina, que se dejó arrastrar sin oponer la menor resistencia.

Arturo sufria mas que ella incomparablemente. Sus ojos la miraban y no la veian; estaba convencido de la muerte que esperaba á aquella desgraciada mujer por su culpa, y esta idea despedazaba su alma y lo hundia en una profunda y reconcentrada desesperacion. Un estremecimiento convulsivo hizo temblar sus miembros cuando Teresina, conducida por el ugier, pasó á su lado, y murmuró en voz baja:

—Os habeis perdido sin salvarme.

El acento de esta voz querida despertó á la infeliz Teresina de aquella especie de aniquilamiento moral de todas sus facultades intelectuales. Juntó sus manos y miró fijamente á Arturo. Un momento despues se hallaba este solo delante de sus jueces.

Arturo fué conducido á su prision escoltado por un grupo de esbirros silenciosos, á seguida de una conversacion muy animada de Antonino con los inquisidores.

Atravesó el puente de los Suspiros, y el ángel de la muerte revoloteó sobre su cabeza. Un esbirro marchaba delante de él, los demás iban detrás; su fúnebre acompañamiento bajó lentamente la escalera tortuosa que conducia á los horribles calabozos de la inquisicion. Una puerta cerrada se abrió estrepitosamente y volvió á cerrarse del mismo modo cuando Arturo hubo estado dentro, produciendo un ruido de hierro que se prolongó tristemente por aquella mansion de muerte.

Luego que Teresina salió del edificio de la inquisicion, siguió á la ventura la primer calle que se le presentó, y se detuvo en una plaza apoyándose tristemente en el pedestal de una estatua. Un viento frio principiaba á silbar en los ángulos de las calles; el cielo se iba encapotando, y por momentos desaparecia la opaca luz de una luna brumosa.

Teresina permaneció mas de una hora abismada en sus reflexiones, hasta que levantándose repentinamente, se dirigió con precipitacion á una calle próxima, penetrando en la oscuridad sin cuidarse de la tempestad que amenazaba su cabeza. Se para delante de una puerta, llama, dice algunas palabras, dejando al mismo tiempo dos monedas de oro en la mano de un hombre que se le presentó, y continuó su marcha por dilatadas galerías silenciosas y sombrías como las bóvedas de una caverna funeraria.

Despues de haber atravesado una infinidad de salas y corredores en que el eco repitiera el ruido de sus pasos como el lúgubre quejido de un moribundo, tocó á una segunda puerta, y al momento se presentó en ella un anciano venerable cuyos cabellos blancos infundian respeto y confianza al mismo tiempo.

—¿Sois vos, dijo Teresina, el guardian del calabozo donde ha estado preso un francés llamado Arturo de Reinolds?

—Sí, señora, respondió el anciano.

—¿Ha vuelto del tribunal de la inquisicion?

—Sí, señora, habrá una media hora sobre poco mas ó menos.

—En nombre del cielo, abridme el calabozo, es preciso que yo lo vea.

—Me es absolutamente imposible, señora.

—En nombre del cielo os lo suplico, repitió Teresina juntando sus dos manos, si sois cristiano; en el de vuestros hijos, si sois padre, abridme, abridme ese calabozo.

—Señora, interrumpió en voz baja el anciano, quisiera poder acceder á lo que me pedís; pero mi vida depende de la exactitud con que sirva á la inquisicion.

Teresina estaba lánguidamente apoyada en la puerta, y miraba con una expresion sublime al hombre que le hablaba.

—¿No veis cómo lloro? le dijo; si no accedeis á mis súplicas, voy á espirar á vuestros piés. A espirar, sí, porque me haré pedazos la cabeza contra las piedras de estos muros. Yo le amo tiernamente, y le van á matar. Quizá yo no pueda volverle á ver mas.

Y diciendo estas palabras, estrechaba fuertemente entre sus manos las del carcelero.

—Debeis ser un hombre honrado, continuó diciéndole, porque vuestro semblante es dulce y venerable como lo era el de mi padre. Sí, debeis tener piedad de una mujer desgraciada que os ruega y levanta sus manos suplicantes hácia vos. ¿Teneis hijos? Que vengan y se unan á mí. ¿Teneis una mujer? Que venga tambien, y ella podrá comprender los tormentos que sufro; ella os rogará por mí. No sé qué deciros mas. Si tuviera dinero, os lo ofreceria; mas no lo tengo. Pero... tomad, tomad este brazalete que es de mucho valor. Abridme la puerta del calabozo, y es vuestro.

Y diciendo esto, se quitaba y ofrecia al carcelero un rico brazalete.

El anciano estaba conmovido á su pesar al ver tantas lágrimas y un dolor tan profundo.

—Guardad, señora, le dijo, guardad ese brazalete, no puedo aceptarlo, no lo quiero. Bajad esta pequeña escalera: voy á conduciros al calabozo del preso, porque no quiero que se diga que el viejo Gerónimo ha visto llorar á una mujer delante de él y no le ha alargado la mano.

Y dichas estas palabras, descolgó de un clavo un manojo de llaves y bajó con Teresina por la escalera de caracol, cuyos escalones húmedos alumbraba uno á uno la pálida luz de una lámpara de hierro que llevaba en la mano.

VIII.

La tempestad arreciaba por instantes; silbaba con violencia horrible el viento, y parecia que la voz de Dios tronaba en su cólera sobre el horizonte. Sin embargo el preso disfrutaba de gran tranquilidad. Para él el tiempo estaba sereno, porque el calabozo en que le habia sumido la venganza implacable de la inquisicion era tal, que parecia aislado del resto del universo. Era el sepulcro con su paz y su silencio de muerte, donde no penetra ni el frio del invierno, ni el calor del estío.

Arturo estaba pálido: el valor le habia abandonado en este trance fatal, porque al ver cercana la muerte, un recuerdo doloroso asaltaba su memoria. Existia en el mundo una Francia. En aquella Francia tenia una madre... ¡Una madre!... y Arturo era hijo único. Abrumado por el peso de esta idea, apoyaba el rostro sobre sus manos en actitud pensadora.

—¡Pobre madre mia! decia; ¡madre mia! Pasarás tu vejez sola, aislada en el mundo, mientras creias tener quien te consolase en el infortunio. Tu hijo irá á juntarse con sus hermanos en la region celestial. Allí le envian los hombres; ¡los hombres! que Dios no le llamaba aun. ¡Madre mia! ¡Madre mia! Adios, cierra la puerta de tu morada, cruza tus brazos y sufre silenciosa. El que esperabas no volverá. Ya no oirás sus consuelos, ni tendrás quien te fortalezca en la adversidad, ni quien vele mientras tú duermas. Porque tu guardian dormirá el sueño eterno, y todos le olvidarán, y nadie sabrá su fin. ¡Adios, madre desgraciada, adios!

Y los sollozos le embargaban la voz, y dos torrentes de lágrimas caian de sus ojos.

Un poco aliviado con este desahogo, se decia á sí mismo:

—Llora, llora como un niño... Arturo, tu secreto morirá contigo. Ahora estás solo, puedes sentir sin rebozo; mas al presentarse el verdugo, recuerda que eres hombre, y que el hombre muere con dignidad. No mires atrás; lo pasado morirá contigo. No fijes la vista en el porvenir. Para tí no le hay. Olvida tus cortos años; olvida que circula por tus venas llena de fuego la sangre que vas á derramar; olvida los pensamientos grandiosos que en tus ilusiones habias concebido; olvida que tu alma es fuerte y poderosa; olvídalo todo y piensa si puedes, hazte la ilusion de que tu cabeza está ya encanecida, que tienes el pecho cascado, trémulos los miembros y la sangre helada.

Tales eran los pensamientos que Arturo revolvia en su mente, cuando sintió abrirse de pronto la pesada puerta del calabozo é hirió su rostro la débil luz de una lámpara.

—¿Es el verdugo?

—¡Soy yo! contestó una voz lánguida al par que dulce.

Y una linda figura de mujer apareció en aquella mansion de dolor.

Arturo dudaba de lo mismo que veia. Creia estar gozando de un apacible sueño, ó que el ángel de la inocencia venia á confortarle.

—¿Es un querubin, exclamó, que ha tomado la voz de una mujer, ó es una mujer que habla como mi ángel tutelar?

Teresina le miró con dulzura y dignidad, y sin contestar una palabra, permanecia inmóvil en medio del calabozo.

—¡Teresina, ah, Teresina! ¿eres tú?... ¿Porqué te expones de esa suerte?... ¿porqué tan desacordadamente comprometes tu existencia?... ¿Vienes á consolarme, á aliviar mi dolor?... Mi dolor no tiene remedio... ¡la muerte!...

Teresina se estremeció al oir esta horrible palabra; Arturo quedó sumergido en una profunda meditacion. Hasta entonces no habia sentido bien todo el peso de su desgracia.

—¿Porqué, dijo luego que se hubo reportado un poco, porqué te has sacrificado? ¿Porqué has unido tu suerte á la del jóven imprudente que te arrastró al crimen? ¿no bastaba una víctima?... ¡Ah! tu ternura acibara mis últimos instantes... Huye, Teresina, huye. Por Dios te lo pido... Estás libre, nada te detiene... Salvate... Por Dios, por tí, por mi amor, aléjate de este lugar... ¿Qué esperas en él?

—¡La muerte! replicó Teresina con serenidad.

—¡La muerte! tan jóven quieres morir... ¡Ah! no... Por piedad, no me atormentes... tú no debes morir... tienes deberes que cumplir... faltas que expiar... déjame solo al borde del sepulcro... Vete, vete.

Inmóvil y como sorprendida escuchaba Teresina á Arturo; calló un instante; tomando despues su semblante un aire noble y contenido, y dejando asomar á sus labios una dulce sonrisa, le dijo:

—Cuando la vida nada agradable ofrece, ¿es temible la muerte?... Soy jóven aun sin duda; ¿eres acaso mayor que yo? ¿Por ventura la vida se cuenta por años? No... tú mueres... Yo moriré tambien... ¿Qué será de mí si te sobrevivo?... Mi esposo no me perdonará... Seré infamada, ultrajada, envilecida... ¿No has pensado tú estas cosas?... Si crees que soy una de esas mujeres débiles que tiemblan al menor peligro, te equivocas... Sé las consecuencias de mi resolucion. Conozco toda su extension, estoy dispuesta á aceptarlas.

Arturo no respondió una palabra; absorto al parecer en un pensamiento que le dominaba, se olvidaba de cuanto tenia junto á sí.

—¡Infames! exclamó despues, ¡miserables, miserables! Son ruines porque tienen la fuerza; los verdugos, los esbirros y las prisiones son sus armas; pero nunca se atreverán á presentarse frente á frente en campo descubierto... Que me dejen un momento de libertad; que me den una espada y los desafio á todos reunidos. Yo limpiaré la tierra de estos monstruos.. Yo prometo no dejar uno. El asesino es siempre cobarde. ¡Malvados! ¡Asesinos!

Al decir estas palabras cayó en el suelo privado de sentido.

Teresina se arrodilló junto á él y procuró levantarle la cabeza con sus débiles manos.

Así pasaron algunos instantes de un silencio sublime, que pudiera llamarse el precursor de la muerte.

Volviendo en sí Arturo, dirigió vagamente sus miradas al rededor de sí, restregó sus ojos cual si despertase de un profundo sueño, se incorporó, miró á Teresina y la dijo:

—¿Qué es esto? No te asustes: un ligero vértigo... pero ya pasó... ¡Qué tristes son los últimos momentos de la vida!

Sentándose en seguida sobre la piedra que le servia de cama, continuó diciendo:

—¡Pobrecilla! ¿porqué habré venido á Venecia á turbar tu tranquilidad?... tú vivias feliz y contenta, todas las jóvenes envidiaban tu suerte; yo la he destruido... sí, me persigue la fatalidad...

—¿Qué dices de fatalidad? interrumpió Teresina con voz dulce. No compadezcas mi suerte; bendicela por el contrario... La tierra no se habia hecho para nosotros; el mundo nos despide, Dios se apiadará y nos recibirá en su seno...

—Sí, dijo Arturo con voz solemne, sí...

En este momento se oyó distintamente el ruido de algunos pasos que se dirigian á la prision. Arturo se levantó.

—El verdugo, dijo señalando la puerta del calabozo; sí, el verdugo que viene á buscarme... Es menester que me encuentre dispuesto á recibirle... El corazon firme y la cabeza erguida...

Al pronunciar estas palabras se reanimó su semblante: sus facciones tomaron una expresion de energía varonil, sublime y majestuosa.

Aguardaba la muerte con tranquilidad é indiferencia.

No era en este momento aquel jóven abatido, de rostro pálido y mirada tímida, no... en aquel instante tenia el noble orgullo del valor, y parecia un mártir cantando un himno al pié de la hoguera... Resplandecia en su hermoso semblante yo no sé qué de divino, que se resentia ya de su aproximacion á la eternidad.

Por lo que hace á Teresina, desfalleció su valor femenil delante de tan dura prueba, y no pudo sostener por mas tiempo aquella firmeza aparente con que habia velado sus angustias.

Los suspiros la ahogaban, las lágrimas humedecian sus ojos, y la cabeza se inclinaba á su pesar descendiendo hasta quedar ya apoyada en sus rodillas.

Los cerrojos del calabozo se descorrieron sin estrépito, la terrible llave dió dos vueltas en la cerradura, y la puerta se abrió por sí misma.

No era el verdugo, no; todavía no habia llegado el fatal momento; el carcelero, aquel anciano venerable que habia conducido á la pobre Teresina al calabozo de Arturo, se presentó en la puerta, pálido y sollozando como un niño.

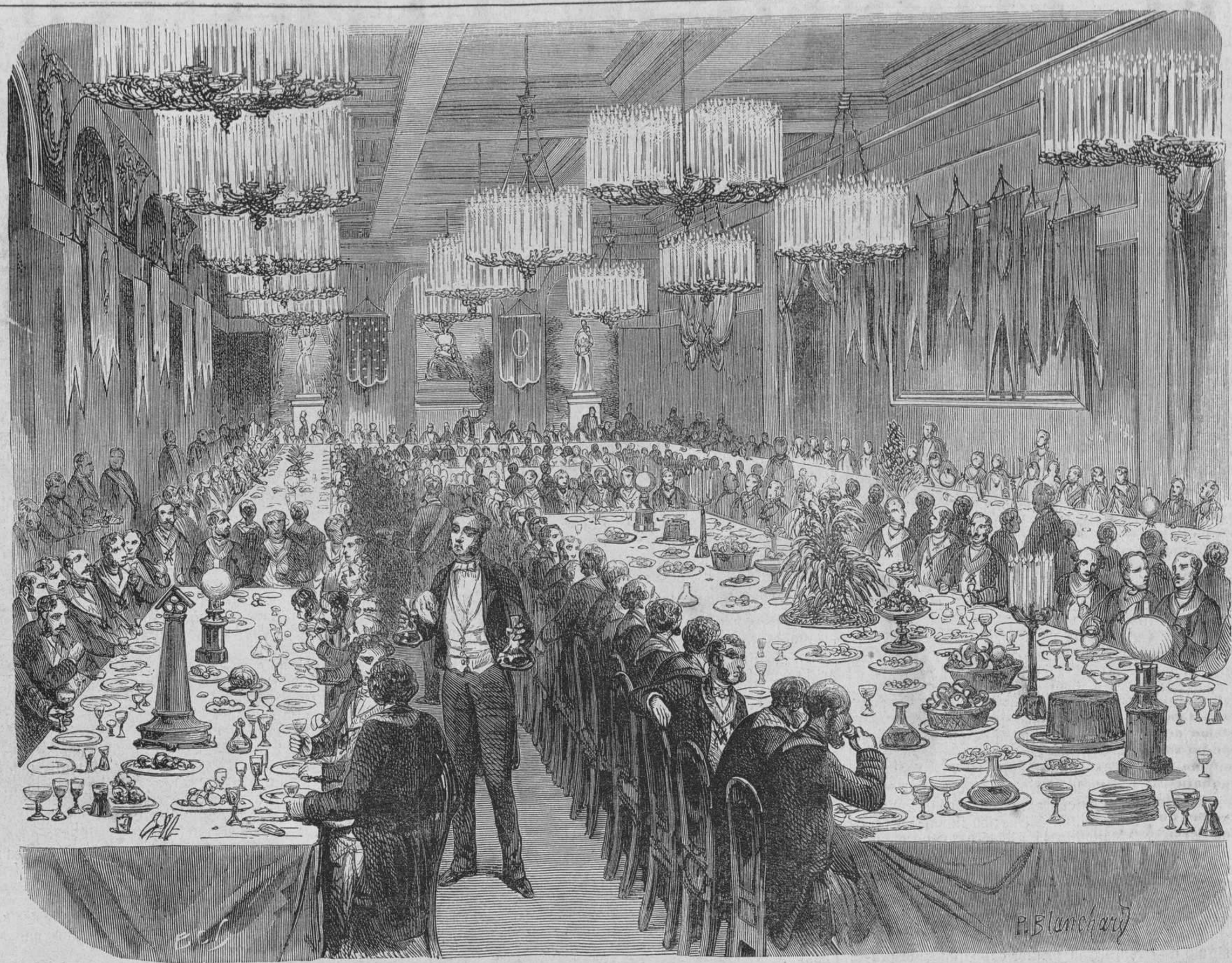
—Señora, dijo con voz trémula, en nombre del cielo y de vos misma, salid pronto de este calabozo. Acabo de oir á los esbirros de la inquisicion. Dentro de un momento estarán aquí... si os ven, estoy perdido... por Dios... Señora...

—Sí, Teresina, dijo Arturo con voz firme; es preciso separarnos; adios, rogad á Dios que nos perdone... mirad, me parece ver un camino abierto en el cielo que nos espera: ¿no lo ves tú tambien? Adios... Adios... ¡Pobre Teresina!

—No, por Dios, no, yo no puedo separarme de tí... no quiero. Deseo morir contigo; que la misma hacha divida nuestras cabezas. Que espiremos á un mismo tiempo; que se confundan nuestros últimos suspiros, y que nuestras almas purificadas suban reunidas al trono del Eterno.

Al pronunciar estas palabras Teresina cayó abrumada por la vehemencia de su dolor. Arturo la miró un instante conmovido, y haciendo un esfuerzo sobrenatural, tomó silenciosamente la mano de Teresina y la condujo hácia la puerta. Ella se dejó arrastrar sin oponerse; oprimió aquella mano querida, y retirándola repentinamente, exclamó:

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



Fiesta secular de la logia fracmasónica de Besanzon. — Banquete en el gran salon del Museo.

—¡Adios... Arturo... Adios! Mañana nos volveremos á encontrar...

Todo permaneció en silencio en el lúgubre calabozo, hasta que se abrió la puerta por segunda vez.

Un oficial de la inquisicion desenvolvió un pergamino; se lo presentó á Arturo que leyó estas palabras: *Condenado á muerte.* En seguida hizo un movimiento con la cabeza, y siguió al oficial con paso firme.

Su fisonomía habia permanecido impasible, sus facciones habian conservado aquella tranquilidad inalterable de un alma enérgica, y su pié se apoyó con firmeza en la góndola; cadalso ambulante en el que el verdugo debia cortar sin piedad la última hora de una vida tan jóven y tan llena de lisonjeras esperanzas.

La góndola se deslizó por el canal taciturna, como un asesino se deja caer por entre las sombras.

La negra tumba marchaba dificilmente por el camino del crímen, y parecia que el agua repugnaba soportar el instrumento de tan cobarde asesinato.

La barca surcó el canal Orfano en esta disposicion; en seguida paró á una señal del oficial. Este se levantó entonces de su asiento y leyó á la luz moribunda de una antorcha la sentencia del tribunal, que condenaba á muerte á Arturo de Reinolds.

Su voz lenta y fúnebre se perdió silenciosa en la noche, sin que repitiera un eco tan odiosas palabras.

El verdugo se aproximó entonces; ató las manos á Arturo, anudó sus brazos á la espalda y le suspendió al cuello una gran piedra pendiente de una argolla de hierro.

Arturo no dejó escapar la menor queja durante unos preparativos tan horrorosos. Estaba en pié, con la cabeza elevada y el cuerpo derecho como el mas impasible de los esbirros, que á larga distancia conducian la barca veneciana.

Su rostro estaba pálido, sí, pero tranquilo y resignado; sus ojos clavados en el cielo revelaban su pena...

Era la media noche: un silencio sepulcral cubria la tierra. Se adelantó al borde de la góndola y dijo en voz baja:

—Adios, madre mia... Teresina, te espero...

Un momento despues su cuerpo habia desaparecido bajo de las aguas... Un ruido parecido al que hizo el cuerpo del jóven al caer en el agua, se oyó al poco tiempo... Un vestido blanco vióse sobrenadar en el lago al pálido fulgor de la luna... Bien pronto desapareció enteramente... Un silencio profundo sucedió á aquella escena desastrosa... De cuando en cuando era interrumpido por el ruido de los remos, que hacian virar con violencia la góndola...

Todavía no habia alumbrado la aurora que sucedió á aquella noche fatal, y dos góndolas fúnebres se veian á orillas del lago... Tremolaba en la una la bandera de la inquisicion... En la otra se veia el manto de una mujer. Cuando el gondolero amarró, se veia brillar en su mano encallecida el brazalete de oro que llevaba Teresina.

B. DE B.

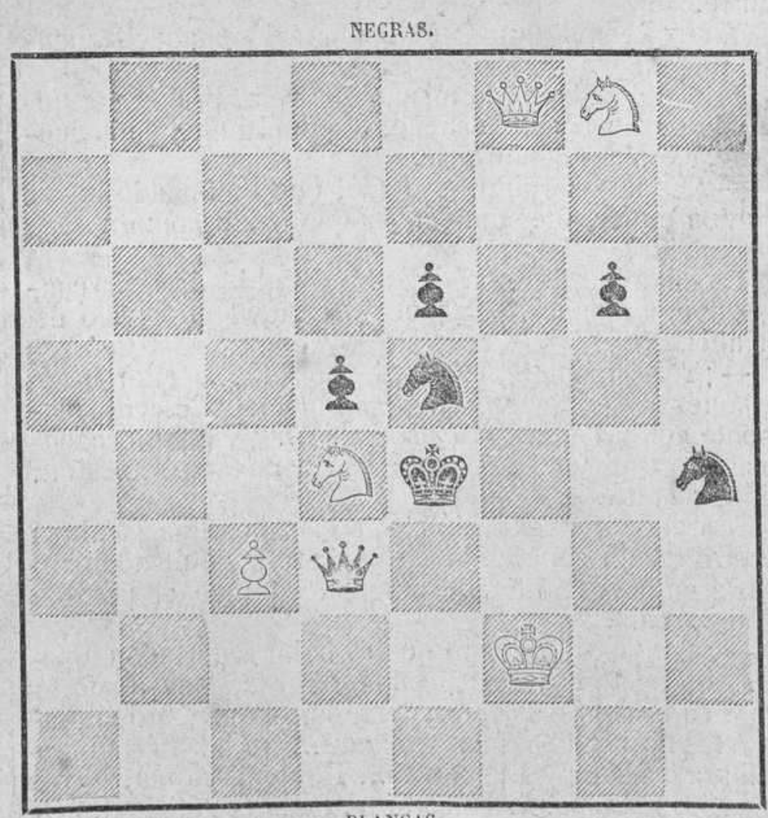
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 114.

1 C come P — P 5ª R
2 Rª 4ª ARª — R come uno de los C
3 Rª 7ª ó c. del AR jaque-mate.

PROBLEMA NUM. 115, POR M. ANDERSSEN.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

Fiesta fracmasónica en Besanzon.

Fundada en 1764 la logia fracmasónica de Besanzon, presidida sin interrupcion desde hace veinte y cinco años por M. Pernot, ha celebrado el 30 de abril último su aniversario secular con una fiesta que ha reunido, además de todos sus miembros, á los delegados de diferentes logias francesas y suizas.

A las dos de la tarde todos los hermanos de la logia *Sinceridad, Perfecta Union y Constante Amistad reunidas*, asistieron en el templo fracmasónico á una brillante ceremonia, de la que no tenemos que hablar aquí.

Concluida esta solemnidad, hubo visita al Museo, cerrado los sabados, pero que por permiso de la autoridad municipal se abrió excepcionalmente en este dia. Aquí, en presencia de algunas obras maestras de la pintura y de un crecido número de cuadros de mérito, unos cuatrocientos fracmasones esperaron la hora de sentarse al banquete fraternal preparado en el gran salon contiguo á la galería del Museo.

Este banquete espléndidamente organizado, se prolongó hasta muy tarde en la noche, en medio del acuerdo mas perfecto y de la cordialidad mas sincera.

Una banda de música formada por artistas y aficionados pertenecientes á la logia, tocó diferentes piezas de armonía que fueron cubiertas de aplausos. Finalmente, siguiendo la regla invariable de todas las asambleas fracmasónicas, se echó un guante á favor de los pobres, y se recogieron abundantes limosnas.

A. S.

LOS EDITORES-PROPIETARIOS RESPONSABLES: X. DE LASSALLE Y MELAN. PARIS. — TIPOGRAFIA DE J. BEST, CALLE SAINT-MAUR-SAINT-GERMAIN, 15.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte